

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Libertad, divino tesoro

En plan filosófico podríamos decir que la juventud y la libertad tienen características parecidas, al menos en cuanto a proporcionar disfrute de la vida. Lo malo de la juventud es que más pronto o más tarde termina y da paso a la madurez, la vejez y la muerte. La libertad, en cambio, si la consigues es para siempre, seas joven o viejo puedes disfrutar de ella… Y aquí es donde, como siempre, interviene la maldad humana, ofreciendo falsamente la libertad. Esto es lo que hace el Nuevo Libertador de las Américas bajo la consigna «Libertad, divino tesoro».



Lou Carrigan

Libertad, divino tesoro

Brigitte en acción - 488

ePub r1.2

Titivillus 14.04.2021

Lou Carrigan, 1991
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Era una rubia sencillamente escultural. Y le gustaba tomar el sol.

Había aparecido hacia las once de la mañana en la playa privada del Ocean Beach Hotel, de Miami Beach: envuelta en un albornoz de delicado matiz azulado; un azul diferente al de sus ojos, cuyo tono era mucho más intenso, color cielo… Sí, eran unos ojos celestiales.

Y resistentes al sol, porque en ningún momento la rubia había recurrido a gafas de cristales oscuros ni nada parecido. Posiblemente alguien llegó a pensar que se trataba de una sirena encantada que disponía de unas horas o unos días para mezclarse con los humanos, con apariencia de tal, y enterarse así de las cosas que hacían y decían los humanos…

Aunque no. Claro que no. De ninguna manera estaría justificado que una sirena abandonase el bellísimo mundo marino para deambular por tierra firme y total, para enterarse de lo que hacen y dicen los humanos, que, dicho sea de paso, no es nada que merezca ser escrito con letras de oro, por ejemplo. Si acaso, lo que hacen y dicen los humanos debería ser escrito con letras de sangre, porque vamos, lo que ha llegado a inventar el animal humano es para echarse a llorar, e incluso para auto-eliminarse de este podrido mundo que… Pero no. Nada de pensamientos negativos. De modo que la rubia seguía tomando el sol, pensando o intentando pensar en cosas agradables.

Por ejemplo: un jardín silencioso. Por ejemplo, un acto de generosidad, que alguno debe de quedar en la Tierra. Por ejemplo, en hacer el amor. Por ejemplo, en ayudar a quienes lo necesitan. Por ejemplo…

—¿Señorita Connors?

La rubia abrió los ojos, quedó momentáneamente cegada por el sol, y enseguida se protegió los ojos colocando sobre éstos una

mano. Una mano especial: hermosa, fina, aristocrática, bellamente lacada en rosa pálido y con aspecto de útil para nada al primer vistazo, pero todo lo contrario al segundo vistazo, a menos que el observador fuese un cretino; era una mano bellísima y, al mismo tiempo, una sólida herramienta de alta utilidad, características, dicho sea también de paso, que no abundan. Generalmente, quien tiene las manos tan bellas no suele utilizarlas demasiado en cosas útiles.

—¿Señor Carrizo? —preguntó a su vez la rubia.

El hombre sonrió. La rubia sonrió. La rubia era bellísima, y ofrecía la esplendidez de su cuerpo prácticamente al desnudo, ya que para tomar el sol se había quitado la pieza superior del bikini, ofreciendo toda la magnificencia de unos senos turgentes, encantadores, bronceados, llenos de vida. Porque hay senos de mujer que no están llenos de vida, sino solamente de carne, que es muy diferente. Cuando menos, así pensaba el señor Leopoldo Carrizo, que no conseguía salir de su fascinación contemplando a la bella y rubia señorita Connors.

—Sí, yo soy Carrizo —dijo éste—, y le traigo recuerdos de Capri.

La señorita Connors lanzó una deliciosa carcajada, se sentó en la extensible, y señaló otra que había a su izquierda. La mirada de Carrizo seguía presa en la contemplación de los ahora vibrantes y saltarines pechos de la señorita Connors, que rió de nuevo.

—Por favor, siéntese —dijo—. Le estaba esperando, naturalmente.

—Gracias, muy amable.

Carrizo se sentó. Carrizo no era bello, ni rubio, ni escultural. Y ni siquiera era joven, pues ya había cumplido los cincuenta. Tampoco era una momia, claro, pero ya no era joven. Cosas de la vida: el que va viviendo se hace viejo. El señor Carrizo, en cambio, sí era moreno, incluso más que la señorita Connors, pues su piel era morena oscura de natural, mientras que la de la señorita Connors (que dicho sea también de paso, es un nombre falso) de natural debía de ser blanca con matices de alabastro, pero que a fuerza de sol era un encanto de la vida, tan bronceada, tan tersa, tan sedosa… El señor Carrizo, que medía apenas metro setenta, no parecía, ciertamente, la pareja más adecuada para la rubia señorita Connors, cuya estatura no era inferior al metro setenta y cinco. ¡Y con aquel

cuerpo…! El señor Carrizo habría hecho bien en no aparecer en traje de baño en la playa, pero, claro, si hubiera aparecido completamente vestido habría llamado más la atención que ofreciendo la imagen de su cuerpecillo enclenque y más bien blandengue.

—De modo que viene usted de Capri —dijo la señorita Connors.

—No, no. Vengo de otro sitio, pero le traigo recuerdos de Capri… Usted ya entiende.

—Sí, entiendo[1]. ¿Y cómo está mi querido Nathan? Quiero decir, de aspecto. Hace tiempo que no le veo, y aunque su voz suena igual que siempre en el teléfono, quizá se haya hecho viejo o haya descuidado su forma física.

—No, no, qué va —rechazó enérgicamente Carrizo—. Nataniel está hecho un tigre.

—Un tigre —asintió la rubia—… Sí, eso le describe bien. Aunque yo diría mejor un puma o un jaguar. Sí, un jaguar. ¿Le gustaría tomar un refresco, señor Carrizo?

—Ya lo creo, hace calor.

—Sí. Es que estemos prácticamente en verano, y por estas fechas en Miami suele hacer un poco de calor. Por eso viene tanta gente…, dejando aparte muchas otras excelencias de Miami. ¿Le gusta a usted Miami?

—No —rechazó Carrizo—: hay demasiado vicio y demasiados follones de índole social, racista y contrabandista.

—Zambomba —quedó por un instante perpleja la señorita Connors—, ¡a eso le llamo yo describir una ciudad con tres palabras, señor Carrizo!

—Puede llamarme Leo. Es como me llama Nathan, y me hace sentirme apreciado y útil.

—Y además es un nombre muy zodiacal —rió la rubia—. De acuerdo, Leo, le voy a invitar a un refresco, y mientras lo tomamos y todo el mundo cree que es usted un sujeto formidable por haber conquistado a una rubia tan espectacular, nos contamos nuestras cosas. ¿Le parece bien?

—Naturalmente.

La señorita Connors hizo una seña a uno de los camareros que, a la sombra del porcheado bar de la playa, vigilaba precisamente ese tipo de señas. Casi corrió hacia la señorita Connors, más que

encantado de poder mirarla de cerca, lo que hizo a plena satisfacción mientras ella hacía el refrescante pedido: dos copas de champán con un chorrito de zumo de piña natural.

—Pero eso no es propiamente un refresco —dijo Carrizo, cuando el camarero se alejaba.

—No, pero nosotros tampoco somos propiamente unos enamorados, sino dos espías en acción, así que nos merecemos cosas exóticas y caprichosas. ¿No está de acuerdo?

—Sí —Carrizo sonrió—. Ya me advirtió Nathan que pasaría con usted unos momentos encantadores. También me advirtió que no me dejara engañar por ello, ya que usted es una mujer muy peligrosa.

—La verdad es que sí —asintió ella, con expresión amable, casi cariñosa—, pero no con los amigos de mis amigos. Veamos, Leo, ¿qué es lo que ocurre, qué cosa tan importante es esa que ha impulsado a Nathan a citarme aquí y enviándole a usted en su nombre?

—Desde luego, son cosas que no se deben decir por teléfono.

—Muy bien. Ya entendí eso. ¿Qué ocurre?

—Está empezando a circular por toda la América Latina una frase que es toda una consigna: Libertad, Divino Tesoro.

La señorita Connors se quedó mirando fijamente al hombrecillo que a su vez la contemplaba siempre fascinado.

—¿Qué clase de consigna? —murmuró.

—Nathan cree que la cosa puede terminar muy mal. Para él, se trata de una consigna bélica.

—En tal caso, me parece que a Rubén Darío no le gustaría que remedasen sus versos.

—¿Conoce usted la poesía de Rubén Darío?

—Lo suficiente para saber que eso de «Libertad, Divino Tesoro», es un remedo de su obra «Canción de Otoño en Primavera».

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar no lloro…
y a veces lloro sin querer…

Quedó silenciosa. Leopoldo Carrizo estaba cada vez más y más fascinado. El camarero llegó con los refrescos, y la señorita Connors probó el contenido de su copa, aprobó con un gesto, y sonrió al camarero, que regresó a su puesto de observación sintiéndose feliz.

—¿Tal vez alguien busca alguna especie de libertad por medio de las armas? —preguntó de pronto Lili Connors.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Carrizo.

—No lo sé; pero si usted me habla de un lema que menciona la libertad, y al mismo tiempo me dice que Nathan opina que se trata de una consigna bélica, la cosa no puede estar más clara: las palabras armas y libertad, utilizadas juntas, sólo significan revuelta, rebelión; en definitiva, una clase como otra cualquiera de guerra.

—Puede ser una guerra espantosa —murmuró Carrizo.

—O sea, que usted está de acuerdo con Nathan.

—Desde luego. Mire usted, eso de libertar de nuevo América tiene que ser algo… muy peliagudo.

—¿Libertar de nuevo América? ¿Libertarla de qué?

—Eso habría que preguntárselo al Nuevo Libertador, aunque en realidad él ya ha dejado bien claro que se trata no sólo de libertar, sino de limpiar. Realmente, una limpieza no iría mal…

—La limpieza siempre va bien. Y en las personas resulta altamente higiénica. Pero antes de seguir con eso de la limpieza, dígame: ¿qué significa eso de Nuevo Libertador?

—Pues eso: un Nuevo Libertador de las Américas.

—Mmm… Digamos… ¿otro Simón Bolívar?

—Más o menos. El hecho cierto es que existe alguien denominado el Nuevo Libertador, y que se ha propuesto libertar y limpiar América Latina de todos sus vicios, miserias y humillaciones.

—¡Oh, vamos…! —Protestó Lili—. ¿De qué está usted hablando? Esta clase de cosas ya no ocurren, Leo. Para una cosa así habría que tener tanto poder que resulta sencillamente inimaginable. Por poderoso que sea, un hombre solo no puede…

—¿Un hombre solo? Si se refiere usted al Nuevo Libertador, él no estaría solo: Nataniel cree que prácticamente toda América Latina estaría… o está ya con él.

—¿Quiere usted decir los gobiernos de toda América Latina?

—Los gobiernos, no: el pueblo. Precisamente, se trata de

aniquilar todos esos gobiernos corrompidos y al servicio del Amo del Norte.

—Ya. Y el Amo del Norte, claro, es Estados Unidos.

—Sí. El Nuevo Libertador tiene la idea fija e inamovible de que todos los gobiernos de América Latina están ocupados por fantoches del imperialismo yanqui, es decir, que quien manda en TODA América es, por tanto, Estados Unidos, pero creando tanta corrupción y tanta miseria en el pueblo americano no estadounidense que, sencillamente, ha llegado el momento de recurrir a la libertad sea como sea.

—Leo: si Estados Unidos gobernara en TODA América no existiría la miseria. Los Estados Unidos, es decir, el gobierno de la Casa Blanca, es… ambicioso y cruel, por decirlo en términos suaves, pero si verdaderamente tuviese controlada TODA América el nivel de vida de TODOS los americanos sería mucho mejor.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Entre otras cosas, porque Estados Unidos explotaría las grandes riquezas americanas, con lo que el nivel de vida, sanidad y cultura de TODO el pueblo americano sería muy superior al de ahora.

—Siempre y cuando a los Estados Unidos no les interesara mantener la América Latina sumida en la miseria a propósito y con absoluta deliberación.

—¿Con qué objeto? —Alzó las cejas Lili.

—Digamos que la América Latina es… la Gran Reserva de las necesidades futuras del coloso del Norte. Hay en América Latina tanta riqueza que si alguien fuera capaz de imaginarla se moriría de la impresión. ¿Y por qué no se pone en marcha esa riqueza? Pues, sencillamente, porque al Amo del Norte no le interesa que así sea. Prefiere que esa riqueza se mantenga en reserva. Si para ello hay que mantener sumidos en la miseria a quinientos millones de personas, a la espera de que la explotación de esas riquezas sea necesaria para los Estados Unidos, pues se mantiene en la miseria a esos quinientos millones de seres humanos. O mil o dos mil millones, si fuese necesario. Mientras tanto, en los puestos de mando de todos los países latinoamericanos sólo hay unos cuantos fantoches desaprensivos y traidores a su pueblo que, a cambio de medrar ellos en lo personal, someten a su pueblo al sacrificio ideado

e impuesto por los Estados Unidos. ¿Qué les importa a esos gobernantes corruptos, vendidos y traidores lo que pase en su país si ellos están viviendo como reyes al amparo disimulado del poderío estadounidense?

—Y el Nuevo Libertador quiere… eliminar a esos gobernantes corruptos, aunque sea por la fuerza de las armas.

—Hay unos pocos gobernantes que no están vendidos a los siniestros designios del Amo del Norte. A esos gobernantes se ha dirigido el Nuevo Libertador pidiendo su apoyo directo y formal para ayudarle a conseguir la Libertad verdadera de América Latina.

—Y entre esos gobernantes está Nathan, claro.

—Exactamente. Nataniel nunca se ha dejado presionar y mucho menos dirigir por los Estados Unidos. Hay otros dos con el mismo carácter fuerte y honrado… Pues bien, esos tres gobernantes no sometidos a la corrupción creada por el Amo del Norte han sido conminados por el Nuevo Libertador a apoyarle con sus ejércitos y todos sus recursos cuando llegue el gran momento.

—¿Y en qué consiste el gran momento?

—En deponer a todos los gobernantes corruptos, en quitar de las casas presidenciales a los fantoches del Amo del Norte y colocar patriotas honrados y valientes que estén dispuestos a dar la vida por su patria y su pueblo.

—Eso suena muy bonito —murmuró Lili—, pero implica unos derramamientos de sangre enormes. Y significa también enfrentar a todos los países latinoamericanos unos con otros. Tomemos por ejemplo el país de usted y de Nathan, San Nataniel. Si las fuerzas armadas de San Nataniel invadiesen un país vecino supuestamente sometido al Amo del Norte, cabe pensar que ese país vecino no aceptaría por las buenas tal invasión, sino que se enfrentaría con las armas a ella.

—La cosa no sería tan cruenta como parece. El Nuevo Libertador cuenta con la ayuda interior de cada país, es decir, con los patriotas que seguirían sus instrucciones conforme a un plan general. Por ejemplo, si San Nataniel enviara sus fuerzas armadas a invadir el país vecino, éste ya estaría prácticamente dominado por los patriotas que se habrían alzado en armas contra el Gobierno. Entonces, llegaban las fuerzas armadas de San Nataniel, apoyaban a los patriotas, y la revuelta se consolidaba definitivamente.

—Pero para organizar una revuelta hay que disponer de armas y de personal militar o paramilitar bien entrenado que la dirija.

—El Nuevo Libertador está dispuesto a proporcionar las armas y el personal de mando a todos los patriotas que estén dispuestos a rebelarse contra los gobiernos regidos por fantoches al servicio del Amo del Norte. El Nuevo Libertador está ofreciendo una América Latina única y auténticamente hermanada, donde todos los americanos puedan verdaderamente vivir como hijos de Dios y no como perros sometidos, engañados, escarnecidos. El Nuevo Libertador está ofreciendo el mayor tesoro al que puede aspirar el ser humano.

—La Libertad —susurró Lili Connors.

—La libertad total y absoluta. La libertad de todo un continente. De Méjico para abajo, una sola nación hermana y la libertad y la prosperidad para todos.

—Ya. ¿Méjico no entraría en el juego?

—Se están realizando secretísimas negociaciones.

—Claro. ¿Y Brasil?

—Brasil es latino, ¿no? Nada tiene que ver que hablen un idioma distinto al nuestro, del mismo modo que nada importa que en los Andes se hablen diferentes idiomas o dialectos indios. No se trata de hablar igual, sino de pensar igual, de pensar en el bienestar de todos los latinoamericanos.

—Suena bonito. Me gusta. Pero, Leo, esa idea es… ni siquiera voy a decir descabellada o irrealizable, pero sí diré que resulta… demasiado fantástica. Y naturalmente, yo no creo en la sinceridad de ese Nuevo Libertador.

—Eso dijo Nataniel que diría usted. Él también desconfía de los verdaderos planes o propósitos del Nuevo Libertador. Por eso la llamó a usted por teléfono para que se encontrase conmigo donde usted quisiera, a fin de que yo le explicase todo lo que, partiendo de la petición que el Nuevo Libertador le hizo a Nataniel, éste ha ido averiguando por medio de sus agentes especiales.

—O sea, que él sigue jugando al espionaje —rió Lili.

—Nataniel protege su país por todos los medios. Y el espionaje es uno de ellos.

—Sí, es cierto —suspiró la rubia—… Zambomba, se nos ha terminado este riquísimo refresco. Estaba bueno ¿verdad?

—Muy bueno —sonrió Leo.

—Pues vamos a pedir otro —Lili hizo nuevas señas al camarero, que comprendió y se dispuso a servir directamente lo mismo que antes—... En cuanto a ese personaje, el Nuevo Libertador... ¿quién es y dónde está?

—No sabemos quién es ni dónde está.

—Ah. Ah.

—Pero, claro, si Nataniel aceptase su propuesta bien tendría que darse a conocer, ¿no le parece? Sólo que Nataniel está evitando comprometerse aunque sólo sea de palabra.

—Siempre fue muy cauto. De modo que tenernos en danza un... fabuloso Nuevo Libertador que nadie sabe quién es ni dónde está, y que está ofreciendo al pueblo latinoamericano, nada menos que a todo un continente, el maravilloso tesoro de la libertad, la salud, la prosperidad y la dignidad humanas.

—Sí. ¿No es hermoso?

—Muy hermoso —Lili miró maliciosamente a Carrizo—. Demasiado hermoso, amigo Leo, ¿no es eso lo que pensamos los desconfiados?

—Sí.

—Ahí viene el camarero con nuestros nuevos refrescos —sonrió encantadoramente la rubia Lili—. Lo estamos pasando bien, ¿verdad?

—Admirablemente —sonrió Carrizo—. Sería estupendo poder quedarse aquí siempre, tomando el sol y refrescos con champaña helado. Lástima que no sea posible.

—Siempre me he preguntado por qué no ha de ser posible —frunció el ceño Lili Connors—. Veamos, si una persona hace su jornada de trabajo, ¿por qué luego no ha de poder solazarse con unas copitas y tomando el sol, o haciendo el amor, o pintando, o bailando, o, en fin, haciendo libre y tranquilamente lo que le guste...? ¿Por qué demontres siempre han de entrometerse en sus vida otras personas que quieren utilizarlo, manipularlo, sacrificarlo...? ¿Qué es lo que determina que el ser humano se dedique a fastidiarse unos a otros en lugar de vivir en paz y felizmente?

—¿La maldad?

—La estupidez, querido Leo, la estupidez —suspiró Lili,

sonriendo al camarero—… Gracias. Y no se quede tanto rato al sol; se le pueden calentar los rizos.

El hombre rió, y se alejó. Lili Connors bebió otro sorbito de cóctel, que realmente estaba delicioso. Luego, miró apaciblemente a Leo, que también bebía, sin perderla de vista. Era un gozo mirar a la señorita Connors. Todo un gozo.

—Entiendo perfectamente, Leo, que usted es algo así como… un eficaz espía que trabaja directamente a las órdenes de Nathan, digamos atendiendo siempre servicios… especiales.

—Así es.

—Lo que significa que goza de toda la confianza de Nathan.

—Por supuesto.

—¿Cuántos guardaespaldas le acompañan a usted en sus viajes?

—Ninguno. Siempre viajo solo.

—¿De veras? Entonces, usted y yo somos muy parecidos.

—¡Si usted lo dice…! —Se echó a reír Carrizo.

—¿Cómo ha llegado usted a Miami? ¿En avión?

—Sí, claro… ¿Por qué lo pregunta?

—Porque se me ha ocurrido que aunque usted estuviera atendiendo solo este asunto podría haber llegado a Miami con algún compañero, en una lancha, o en un yate…

—No. Viajo solo, trabajo solo, y he venido en avión.

—Entendido. ¿Me perdona unos minutos, por favor?

—No faltaría más…

Leo se incorporó en la extensible al ponerse en pie la señorita Connors, que le sonrió y se alejó en dirección a la entrada al hotel, poniéndose el albornoz, lo que causó más de un desencanto.

Capítulo II

En cambio, las personas que paseaban por Ocean Drive se mostraron divertidas y encantadas al ver aparecer por la puerta principal del Ocean Beach Hotel a tan bella rubia ataviada con un albornoz azul y calzada con azules zapatillas playeras.

En realidad, solamente una persona no se dio cuenta de que la señorita Connors había salido del hotel: el hombre al cual ella seguía, un sujeto vestido con elegante traje de color crema y deportiva camisa de cuello abierto y colocado por encima del de la chaqueta. Este sujeto, que llevaba en la mano izquierda un libro, llegó en cuestión de segundos junto a un Ford estacionado cerca del hotel, se metió dentro sentándose ante el volante, y depositó el libro en el asiento contiguo, sonriendo secamente.

Pero su sonrisa se convirtió en gesto de estupor cuando la portezuela derecha se abrió, y la rubia entró también en el coche, sentándose a su lado y encima del libro. El sujeto parpadeó, abrió la boca para decir algo…, y el puño izquierdo de la señorita Connors, en alucinante movimiento de vaivén, le golpeó en la sien, con la parte externa de los nudillos de los dedos índice y corazón. El sujeto emitió una especie de ronquido, puso los ojos en blanco, y se relajó, perdido el conocimiento instantáneamente.

Con un vigor que habría sorprendido a cualquiera, la señorita Connors se las arregló para desplazar rápidamente al hombre desde el asiento del conductor al que ella ocupaba, mientras ella iba retrocediendo hasta salir del coche. Dejando al desvanecido sujeto en aquel asiento, la señorita Connors rodeó el coche, y fue a sentarse ante el volante. Las llaves no estaban en la ranura del encendido, pero las encontró muy pronto en un bolsillo del sujeto. Encendió el motor, arrancó, y condujo el coche hacia el estacionamiento del hotel, descendiendo a la segunda planta. Detuvo el coche en el más apartado y solitario rincón, se apeó, y

abrió el maletero, dentro del cual encontró, entre otras cosas, un rollo de cordel de plástico, lo cual pareció complacerla no poco.

Dejando a un lado el rollo de cordel, fue a abrir la portezuela derecha del coche, sacó al sujeto, y lo arrastró sin mayores dificultades hasta la parte de atrás del coche. Siempre haciendo gala de una fuerza muscular en absoluto corriente, la señorita Connors se las arregló para meter al sujeto dentro del maletero, moviéndolo talmente como si fuese un simple muñeco. Le quitó la billetera, la pistola que portaba en la axila izquierda, y todo cuanto encontró en sus bolsillos. Mientras tanto, el hombre comenzaba a dar señales de recuperación, pero la cuestión fue resuelta rápidamente por Lili Connors aplicándole otro golpe, ahora en un lado del cuello, que de nuevo sumió al desconocido en la inconsciencia.

Cinco minutos más tarde, dejando al hombre atado y amordazado dentro del maletero del Ford, la señorita Connors salía del estacionamiento, llevándose el libro y las demás pertenencias de las que había despojado al sujeto. Otro dos minutos más tarde, la despampanante rubia entraba en su *suite*.

Lo primero que hizo fue abrir el libro, que resultó ser una especie de caja disimulada que contenía una cámara fotográfica que podía accionarse tan sólo apretando una parte del lomo del libro. Sencillo, pero ingenioso y práctico. Luego, la señorita Connors examinó las pertenencias del sujeto dormido en el coche, de entre las cuales sólo cabía destacar la documentación que lo identificaba: el hombre se llamaba Tadeo Ruiz, tenía treinta y dos años, y era natural de Medellín, Colombia.

—Qué chocante —dijo en voz alta Lili—: nunca había conocido a nadie que fuese de Medellín.

Sonriendo ante su propia broma, pasó al dormitorio, abrió el armario, y sacó el maletín rojo con florecillas azules estampadas, del cual extrajo la pequeña radio de bolsillo. La abrió, desplazó unas pequeñas placas con el delgado punzón que a tal efecto portaba la radio ya incorporado, y acto seguido pulsó la llamada: si había colocado bien las placas, es decir, si había sintonizado bien la onda de Miami, debía recibir respuesta no tardando mucho.

La respuesta fue inmediata:

—¿Sí? —inquirió una voz de hombre.

—Buenos días, Simón.

El instante de silencio fue brevísimo, suplido enseguida por una exclamación de alegría.

—¿¡Baby?! ¡No me diga que está aquí, en Miami, que voy a ser uno de ojos afortunados que…!

—Estoy aquí, y va a ser uno de esos afortunados —rió Lili—. ¿Podemos contar con otro compañero?

—Naturalmente… ¡Naturalmente! Pero le advierto una cosa: cuando les diga que usted ha llamado, que está aquí, y que nos necesita, no querrán creerlo.

—¿Por qué no?

—Porque ese ha sido siempre nuestro sueño.

—Pues despierten, porque los necesito realmente. Nada complicado, pero tienen que prestarme un pequeño servicio. ¿Cuánto tardarán en llegar al Ocean Beach Hotel?

—Ni siquiera veinte minutos.

—Perfecto. Le diré lo que tienen que hacer…

En un par de minutos, las instrucciones quedaron más que claras, y la señorita Connors cortó la comunicación. Se vistió de calle, puso en el maletín las cosas del sujeto llamado Tadeo Ruiz, y tras mirar su reloj de pulsera encendió un cigarrillo, y se acercó a contemplar el mar desde la ventana. Cuatro minutos más tarde aplastó el cigarrillo en un cenicero, descolgó el teléfono, y pidió comunicación con el bar de la playa.

Leopoldo Carrizo vio al camarero acercándose portando un teléfono, que enchufó en la clavija de la mesa.

—Le llama la señorita —dijo el camarero.

No poco sorprendido, Carrizo atendió la llamada…, mientras unos metros más allá, sentado a una de las mesas colocadas bajo el listado toldo del bar, un sujeto de mediana estatura, moreno, y vestido con un traje claro y camisa deportiva cuyo cuello estaba colocado por encima del de la chaqueta, le contemplaba entre intrigado e inquieto. No le había hecho nada de gracia quedarse solo, pero había comprendido la actitud de su compañero de querer poner a salvo las fotografías tomadas y, al mismo tiempo, llamar pidiendo ayuda. Porque, evidentemente, si Carrizo había tenido contacto con una rubia, significaba que, en efecto, había viajado a Miami en busca de algo, y eso podía dar lugar a muchas actividades por parte de Carrizo; quizá tantas actividades que dos hombres

solos no pudieran controlarlas…

Carrizo colgaba el auricular en aquel momento, y acto seguido se ponía en pie y se dirigía hacia la entrada al hotel por la parte de la playa. Pasó a menos de tres metros del sujeto parecido al de Medellín, entrando en el hotel. El sujeto parecido al de Medellín se puso en pie, y caminó en pos de Carrizo. Éste cruzó el vestíbulo del hotel, y salió a la avenida, acercándose al borde de la acera, donde se detuvo.

Su actitud era la de estar esperando un taxi, y el sujeto parecido al de Medellín comenzó a maldecir a su compañero por haberse marchado llevándose el Ford que habían alquilado en el Miami International Airport. Pero, para sorpresa y alegría suya, el Ford apareció de pronto, procedente del estacionamiento del hotel.

La sorpresa persistió, pero la alegría desapareció pronto al comprobar que quien conducía el Ford no era su compañero Tadeo, sino la bellísima rubia con la que Carrizo había hecho contacto apenas una hora antes. La sorpresa trajo como secuela un considerable desconcierto por parte del sujeto, que permaneció como clavado al suelo mientras Carrizo subía al coche que conducía la rubia. El coche se alejó, avenida arriba.

Muy bien. Aunque fuese utilizando un taxi él iba a seguir a la rubia. No tenía ni idea de lo que podía haber ocurrido ni dónde podía estar su compañero, pero bien seguro que él no pensaba perder de vista a la rubia y a Carrizo…

—¿Le gustaría que le metiera una bala en los huevos? —Oyó junto a él.

El sujeto parecido al tipo de Medellín volvió la cabeza, y vio junto a él al muchachote alto, atlético, rubio, de ojos claros y expresión que no auguraba nada bueno. Por un instante, pensó en recurrir a su propia pistola para hacer frente a la situación, pero tuvo el pálpito de que si hacía el menor gesto en ese sentido era hombre muerto, así que, simplemente, se quedó mirando con expresión alucinada al guapo y atlético rubio con expresión de mala uva.

—Es usted un tipo listo —dijo el rubio—. Entre en la parte de atrás de ese coche.

Lo señaló con un simple gesto de cabeza. El sujeto parecido al de Medellín miró hacia allí, y vio asomando por la ventanilla el rostro

de otro muchachote con cara de mala uva y pelirrojo. La revelación fue súbita en la mente del sujeto parecido al tipo de Medellín: allá tenía a los malditos tipos de la CIA.

Recibió un leve empujoncito y comprendió que, por el momento, el menor de los males era obedecer al rubio. Así que fue hacia el coche, se metió en la parte de atrás…, y entonces vio la pistola provista de silenciador con la que el pelirrojo le estaba apuntando. El rubio entró, sentándose junto a él, y lo cacheó rápidamente, quitándole en primer lugar la pistola. El pelirrojo metió la suya en la funda axilar, se colocó frente al volante, y el coche partió.

El rubio estaba examinando la billetera del sujeto parecido al de Medellín, que se llamaba Fidel Lozano, y no era de Medellín, Colombia, sino de Estelí, Nicaragua. Pues muy bien. El rubio miró a Fidel Lozano, y sonrió sardónicamente.

—Si se porta bien, quizá llegue a viejo —dijo—, pero si hace el tonto aunque sólo sea un poquito, está muerto. ¿Me ha comprendido?

Lozano asintió con un gesto, y tragó saliva. El rubio sonrió, y le dio un cachetito que era toda una ofensa, diciendo:

—Buen chico, buen chico. Bueno, colega —dijo mirando hacia el pelirrojo—, creo que ya puedes ponerte delante.

—Allá voy —asintió el pelirrojo.

—Juraría que nos está siguiendo un coche desde que hemos salido del hotel —dijo Leopoldo Carrizo, mirando el espejo retrovisor exterior de la derecha.

—¿Está seguro? —exclamó Lili.

—Yo diría que sí.

—Cielos, estamos perdidos… ¿Qué se hace en una situación semejante?

—Bueno, depende de… Oiga: ¿me está tomando el pelo?

—Un poco —rió la rubia—. Pero tranquilícese: en ese coche van unos amigos míos, y ahora nos pasarán y nos conducirán a un lugar tranquilo donde podremos sostener una conversación con unos colegas.

—¿Qué colegas?

—Los que le han seguido a usted hasta Miami.

Carrizo quedó un instante atónito. Luego, exclamó:

—¡A mí no me ha seguido nadie!

—Mire usted, amigo Leo, incluso a los más listos los controlan los enemigos alguna que otra vez. Son cosas que pasan.

—Pero… ¿qué está ocurriendo?

—¿No se dio usted cuenta de que un sujeto vestido de calle pasaba no demasiado lejos de nosotros, mientras tomábamos el refresco y nos fotografiaba?

—No… No me di cuenta —palideció Carrizo—… ¿Está usted segura? Lili detuvo el coche ante un semáforo.

El coche que conducía el pelirrojo se colocó junto al Ford. Por la ventanilla derecha se asomó el rubio, mirando embelesado a Lili, que preguntó sonriente:

—¿Algún problema, Simón?

—Ninguno. Ahora iremos hacia el norte, a una…

—No me lo diga. Simplemente, pasen delante, tal como convinimos. ¿Qué tal se ha portado nuestro invitado?

—Bien. Se llama Fidel Lozano.

—¿Y es de Medellín, Colombia?

—¿De…? No. Es de Estelí, Nicaragua.

—Zambomba —se pasmó la señorita Connors—, ¡tampoco había conocido a nadie hasta ahora que fuese de Estelí, Nicaragua! Pero bueno, tampoco es para extrañarse, ¿verdad?: en el mundo hay muchos sitios, además de Nueva York.

El agente de la CIA rió. Evidentemente, no concedían a los sujetos de Medellín y Estelí mayor importancia. Detrás de los dos coches sonó el claxon de otro. La luz del semáforo había cambiado a verde. Los dos coches arrancaron, tomando enseguida el de los dos Simones la dirección de la marcha.

Apenas treinta minutos más tarde, los dos coches se detuvieron ante una pequeña y encantadora casita cerca de la playa, hacia el norte de Miami. El mar mostraba un refulgente tono entre verde y gris. El día era espléndido.

Lili y Carrizo se apearon del Ford, y ella abrió el maletero… Dentro de éste, contorsionado y congestionado, el sujeto de Medellín la miró con ojos saltones. Lili le quitó la mordaza improvisada con su propio pañuelo y cordel, y le sonrió amablemente.

—Le invito a una cerveza, señor Ruiz —dijo.

Los dos Simones llegaron, con Fidel Lozano, procedentes del

otro coche. El rubio empujó a Lozano, y dijo:

—Venga, carga con tu amigo y llévalo a la casa.

—No hace falta —dijo Lili—. Desátenlo y que vaya por su propio pie. Los dos van a portarse sensatamente, espero. Venga, Leo. Bueno, supongo que no conoce a ninguno de estos dos personajes.

—No —gruñó Carrizo—… ¡Y me van a explicar cómo, desde dónde y por qué me han seguido!

—Nos explicarán eso y muchas cosas más —dijo suavemente la señorita Connors—, porque si no lo hacen me parece que lo van a pasar muy mal.

Cinco minutos más tarde, la situación era la siguiente: Lili Connors y Carrizo estaban sentados en el sofá de la salita de la casa playera, mirando a Ruiz y Lozano, que, sentados en sendos sillones frente a ellos, bebían de buena gana la cerveza fresca de otras tantas latas. De pie dando frente a los dos latinos, se hallaban Simón I y Simón II, tranquilos, pero sin que la situación admitiera la menor duda respecto a quién la estaba controlando.

—¿Todo va bien? —inquirió amablemente la señorita Connors.

Lozano y Ruiz la miraron. No eran muy listos, pero tampoco eran tontos, de modo que habían comprendido perfectamente la situación: si ellos correspondían, serían tratados amablemente; pero si se ponían tontos, aquella rubia que tenía sonrisa de ángel era capaz de cortarles el cuello por sí misma. La cosa era muy simple.

—¿Y usted quién es? —acertó a preguntar Lozano.

—La agente Baby, de la CIA —dijo Lili, sorprendida—… ¿No se les había ocurrido?

Los dos hombres estaban ahora lívidos. Simón I y Simón II los contemplaban pasmados. ¿Eran tan tontos que no habían pensado que en Estados Unidos y enfrentados a una mujer ésta podía ser la agente Baby?

—Nosotros… sólo vigilábamos a Carrizo —jadeó por fin Ruiz.

—Eso ya lo hemos comprendido todos —asintió Baby—. ¿Desde dónde y cómo lo siguieron hasta Miami?

—No lo seguimos: lo esperamos. Estábamos en La Habana cuando nos avisaron que debíamos trasladarnos al Miami International Airport y esperar la llegada de Leopoldo Carrizo procedente de San Nataniel.

—¿Ustedes ya conocían a Carrizo?

—No, pero nos lo describieron. Es fácil de identificar.

—¿Quién les aviso del viaje de Carrizo?

—Nuestro jefe.

—¿Y quién es su jefe?

—Se llama Onésimo Varela.

—¿Es él el Nuevo Libertador?

—¿El qué? —Se quedaron pasmados Lozano y Ruiz.

La rubia entornó los párpados. Durante unos segundos estuvo contemplando así a los dos desafortunados aventureros de quinta categoría. Luego, preguntó:

—¿Y cómo supo su jefe que Carrizo salía de viaje?

—Bueno, Onésimo conoce a algunos de los más significados jefes de los servicios secretos suramericanos, y últimamente sabemos que los está… vigilando de modo especial. Debió de enterarse de que Carrizo tomaba pasaje para Miami, y nos avisó. Nos dijo que debíamos vigilarlo muy estrechamente y tomar nota de todas las personas con las que se relacionara.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Eso no lo sabemos. Nosotros obedecemos a Onésimo, eso es todo.

—¿Pero no saben de qué va este asunto?

—No.

—¿Y no han oído hablar del Nuevo Libertador?

—No.

—Vamos, no digan estupideces —se enfadó la rubia.

—Le juro que no sabemos nada de eso —casi gimió Ruiz.

—O pretenden tomarnos el pelo —dijo Simón II—, o son todavía más tontos de lo que creíamos.

—Ni una cosa ni otra —murmuró Baby—: simplemente, son peones de brega. Me parece que no van a servirnos de gran cosa. Para acceder a más información tendríamos que… hacerle una entrevista al tal Onésimo Varela. ¿Dónde está él? ¿En La Habana?

—No, no —rechazó Lozano—… Nos llamó desde Maracaibo, claro.

—¿Por qué claro?

—Bueno, él… él vive en Maracaibo.

—Vive en Maracaibo —la señorita Connors parecía ahora sencillamente fascinada—… Tengo la sensación de que estoy

jugando un juego absurdo con retrasados mentales. Vamos a ver: Onésimo Varela es el jefe de ustedes, de acuerdo, pero ¿de quién más es el jefe, o, mejor dicho, de qué es el jefe?

—No sabemos. Él nos contrató hace tiempo, en Veracruz, donde estábamos entonces pasando una temporada. Nos dijo que nos pagaría un buen sueldo cada mes, y que a cambio de eso nosotros teníamos que estar siempre dispuestos a ir a donde nos indicara y hacer lo que nos ordenara. Y desde entonces así lo estamos haciendo.

—Está bien. Supongamos que hubieran seguido adelante con este trabajo, que hubieran revelado las fotos, que hubieran sabido quién era yo y qué hacíamos en colaboración Leopoldo Carrizo y yo… ¿Qué habrían hecho? ¿Habrían informado a Varela, habrían matado a Carrizo solamente, o a los dos, o…?

—No teníamos orden de matar a nadie. Solamente de informar de lo que hacía Carrizo.

—¿A quién y cómo habrían informado?

—A Onésimo, claro.

—Claro. ¿Cómo lo habrían hecho?

—Por teléfono, claro.

—Claro —Baby estaba atónita—… Claro.

—Déjelos de nuestra cuenta —gruñó Simón I—, y ya verá qué pronto cambian de cuento. ¡Les vamos a enseñar a tomarle el pelo a sus madres!

—No, no, no —movió la cabeza Baby—… Estoy segura de que nos están diciendo la verdad. Tan segura como de que nos van a decir cuál es el número del teléfono de Varela en Maracaibo, dónde vive, a qué se dedica digamos… oficialmente, y algunas cosas más. ¿Verdad que nos van a decir todo eso, colegas?

Lozano y Ruiz estuvieron unos segundos mirando los ojos de la rubia fijos en ellos. Se pasaron la lengua por los labios, tragaron saliva al parecer con cierta dificultad, y finalmente, ambos a la vez, asintieron con la cabeza.

—¿Lo ven? —Sonrió la señorita Connors—. Con amabilidad se puede conseguir casi todo en la vida. Zambomba, Maracaibo… ¿Me creerán si les digo que solamente una vez he estado en Maracaibo, y fue de pasada, y…? Pero no adelantemos acontecimientos. Díganme: ¿cómo es Onésimo Varela?

Capítulo III

Onésimo Varela era gordo. Rotundamente gordo. Indiscutiblemente gordo.

Por lo demás, no parecía un hombre especial. Más bien, al menos contemplado desde lejos con prismáticos, tenía un cierto aire de bonachón que inspiraba simpatía. Sudaba mucho. No sólo porque era gordo, sino porque, ciertamente, hacía un intenso calor húmedo en Maracaibo. Un calor del que Onésimo Varela no parecía capaz de librarse de ninguna manera. Ni siquiera zambulléndose en la piscina de forma caprichosa que había junto a la casa, y en cuyas azules aguas nadaban tres bellas muchachas desnudas, dos de ellas morenas y una rubia como el mismísimo sol…

El helicóptero pasó volando a velocidad reducida por encima de este paisaje y espectáculo, en dirección al norte, alejándose del lago. El hombre que lo pilotaba preguntó:

—¿Quiere que demos otra pasada?

—Nada de eso —la rubia señorita Connors se acomodó mejor en el asiento, desistiendo ya de mirar con los prismáticos hacia la propiedad de Onésimo Varela en las afueras de Maracaibo—… Aunque ya he comprobado que por aquí un helicóptero no es nada especial, prefiero no correr riesgos. ¿Y esas muchachas que había en la piscina?

—¿Muchachas…? Ah, ya. Nada interesante. Según hemos sabido en estas cuarenta horas de apresurada investigación, Varela es un redomado mujeriego: mujer que ve, mujer que se lleva a la cama.

—Querrá decir a la piscina —rió Lili Connors.

—Por ahí empieza. Las invita primero a tomar un trago, luego a darse un chapuzón en su piscina, y finalmente se las lleva a la cama. Es un hombre que goza de envidiable apetito sexual.

—¿Envidiable?

—Bueno, hacer el amor con la frecuencia que le caracteriza a él

no ha de ser precisamente una desdicha de la vida. Además, no sé cómo demonios se las arregla, pero me han asegurado que sus chicas son siempre de primera categoría. Nada de viejos petardos: siempre chicas jóvenes, hermosas y alegres.

—Vamos, que no lo pasa mal en la vida.

—Ya quisiera yo. Claro que le cuesta su dinero, pero… ¿quién no tiene que pagar de un modo u otro incluso simplemente por vivir? Él, además de vivir, goza de vivir.

—Y además, no se le conoce ninguna actividad… digamos especial. Es un rico comerciante en café del que se sospecha que puede estar vinculado al tráfico de coca colombiana, y eso es todo.

—Eso es todo lo que nosotros hemos podido investigar para usted en cuarenta horas. Observe que antes de eso, la CIA ni siquiera había reparado en Onésimo Varela de un modo particular. No es un personaje que parezca susceptible de interesarnos… No obstante, si usted lo desea, continuaremos investigándolo. A lo mejor es más listo de lo que parece y tiene muchas cosas que ocultar… Quiero decir, cosas que podrían ser más interesantes que el simple tráfico de coca, si es que realmente anda metido en esto. ¿Quiere usted que sigamos con él?

—Sí, por favor, Simón.

—Estamos encantados de servirla —sonrió el agente de la CIA; pero de pronto quedó serio, fruncido el ceño—… ¿Conoce usted bien Maracaibo?

—No.

—Tenga cuidado. Ya sé que le estoy hablando a la agente Baby, pero insisto: tenga cuidado. Maracaibo es un pozo de sorpresas…, y un nido de víboras. Quiero decir, un nido de víboras de baja calidad, no de esa clase de enemigos de alto nivel dignos de usted. Por menos de nada cualquiera puede encontrarse con una mala bestia que le tire un petardo dentro del coche o le corte el cuello en un rincón.

—¿No está exagerando?

El agente de la CIA miró fijamente a Lili Connors, e insistió:

—Tenga cuidado.

—De acuerdo. Bien, en estas cuarenta horas que llevo aquí, y mientras ustedes me investigaban a Onésimo Varela, yo me he situado, de modo que ha llegado el momento de entrar en acción

directamente… Es extraño que ustedes no hayan oído nada referente al Nuevo Libertador, ni a esa frase tan hermosa que dice «Libertad, Divino Tesoro».

—Tenemos contacto con compañeros de otros lugares. Si usted lo desea, podemos comunicarnos con ellos a ver qué saben de ese asunto.

—No… Por el momento vamos a dejarlo así. Sigan con Varela, pero muy discretamente. Y no me llamen ustedes: yo les llamaré cuando precise más información. Ahora, por favor, déjeme donde estacionamos el coche.

Poco después, el helicóptero tomaba tierra en un apartado camino, y la rubia señorita Connors se apeaba.

El helicóptero se elevó de nuevo, desapareciendo hacia el oeste. La señorita Connors caminó hasta donde había dejado bajo unos árboles el coche que había alquilado a poco de llegar a Maracaibo. Había llegado con su verdadera identidad, esto es, como la periodista neoyorquina Brigitte Montfort, pero, tras comunicarse con los Simones de Maracaibo y darles instrucciones respecto a la investigación que debían realizar, se había instalado en un pequeño chalé en el barrio llamado Bellavista y había alquilado un coche, ambas cosas utilizando ya la documentación y la caracterización de Lili Connors…

Pero también muy pronto la personalidad de Lili Connors quedó descartada del repertorio de disfraces de la agente Baby, la cual, una vez dentro del coche, procedió a inyectarse una dosis de Blackcolor, el suero inventado por su viejo amigo McGee que teñía su epidermis de un encantador color ébano.

—Pero… ¿no ha dicho quién la envía? —preguntó Onésimo Varela al criado, un mulato joven y delgado que no podía contener sus miradas hacia las tres bellezas desnudas que tomaban el sol junto a la piscina—. ¿Se ha presentado aquí por las buenas dispuesta a verme y ni siquiera ha querido dar su nombre?

—No señor. Es muy terca, señor. Y muy hermosa.

—¿Sí? —Sonrió Varela—. ¿Cuánto de hermosa?

El negro movió la cabeza hacia las tres chicas que tomaban el sol, dos morenas y una rubia.

—Yo diría que como ellas tres juntas, señor.

—¿Como las tres juntas? ¿Pretendes burlarte de mí, cacho

maricón?

—No señor —sonrió el negro—, no me burlo, señor, y no soy maricón. La negra que espera está más buena que esas tres juntas, se lo digo yo, señor.

—Está bien… Tráela aquí. Espera… ¿Lleva algo sospechoso?

—Solamente un pequeño maletín de viaje.

—Pues échale un vistazo al contenido del maletín antes de venir con ella aquí. No quiero sobresaltos.

El criado asintió, y se alejó caminando cansinamente por el césped que rodeaba la piscina. Se acercaba la hora del mediodía, y Onésimo Varela ya no sabía qué hacer para aliviarse del calor. Parecía que iba a llover pronto, pero eso era lo malo, que la humedad persistía, y uno tenía la impresión de hallarse dentro de una olla con agua hirviendo, cociéndose al vapor.

Varela miró hacia sus tres últimas odaliscas. Aquella mañana, desde luego antes de que hubiera comenzado a sentirse postrado por el calor, había hecho el amor con las tres, una tras otra pero los cuatro revueltos en la enorme cama que hacía tiempo se había hecho construir expresamente. ¿A qué engañarse?: el sexo no sirve sólo para la reproducción de las especies, sino para pasarlo bien, y Onésimo Varela no le hacía ascos a este placer.

Niña guapa que se le ponía a tiro, la metía en su cama y la penetraba hasta cansarse. Luego, la despedía con unos cuantos dólares metidos entre los pechos, y buscaba nuevas carnes, nuevos sexos…

Cuando vio aparecer a la negra que le había anunciado poco antes su criado de confianza, Onésimo Varela, simplemente, entró en erección, pese al húmedo, pegajoso y maldito calor, y a sus actividades sexuales de aquella mañana, hacía de ello apenas tres horas. Fue todo un espectáculo la erección de Varela; gordísimo, ataviado solamente con un *slip*, y medio derrumbado en la extensible que crujía bajo su peso, la erección fue tan evidente que no tuvo más remedio que sentarse en postura estratégica para disimularla.

No se movió cuando la negra se detuvo ante él, a un par de metros, y se quedó mirándolo irónicamente.

El criado había tenido razón, porque la negra desconocida no sólo era bellísima, sino que tenía clase, tenía estilo. Alta, esbelta, de

pechos rotundos, de cintura cimbreante, de piernas perfectas; su rostro, de líneas acusadas y armoniosas, mostraba el encanto de un hoyuelo vertical en la barbilla y la grandiosidad de sus negros ojos relucientes. Era un monumento envuelto en sedalina azul cielo.

—Cualquier día —dijo tranquilamente la visitante— a usted le va a dar un infarto, señor Varela. Debería cambiar de régimen alimentario.

Todo quedó en silencio. Las dos morenas y la rubia, que se habían sentado en sus extensibles, la miraban con cierta hostilidad. Varela parecía hipnotizado, igual que su criado. Por fin, el gordísimo, murmuró:

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Celeste Martínez, y soy amiga de Tadeo Ruiz. Le traigo un recado de él.

—Ah. Ya. ¿Cuál es el recado?

Celeste Martínez frunció el ceño, miró a las tres bellezas, al criado, de nuevo a Varela, y, por fin, dijo:

—Tadeo me dijo claramente que era importante y que debía ser discreta. No voy a dar la vida por Tadeo, pero él se portó bien conmigo, y no me cuesta nada complacerle en una cosa tan fácil. Pero si usted quiere le doy aquí mismo el recado.

Onésimo Varela todavía se hizo esperar unos segundos, quizá esperando que cediese la erección. De pronto, agarró su albornoz, y comenzó a ponérselo al tiempo que se ponía en pie. Celeste Martínez rió quedamente, y eso fue todo. Varela señaló hacia la casa, y sus enormes pies comenzaron a martirizar el césped. Celeste caminó a su lado, mirándolo de reojo. Tampoco había que engañarse con Onésimo Varela: era gordo, sí, pero también era muy fuerte, con esa fuerza de buey que puede desarrollar un hombre de cuarenta años y ciento cincuenta quilos de peso repartidos en metro ochenta de estatura.

—¿Quiere tomar un refresco? —ofreció Varela, apenas estuvieron ambos en la sala sombreada y silenciosa.

—No, gracias. Solamente quiero darle el recado y marcharme.

—Marcharse… ¿adónde?

—Por ahí —sonrió Celeste.

—Usted no es venezolana.

—No.

—Ni colombiana.

—No.

—¿Cubana?

—Podría ser —sonrió Celeste Martínez.

Varela encendió un cigarro, y se quedó mirando con inocultable interés creciente a la hermosísima negra.

—¿Cuál es el recado de Tadeo Ruiz? —indagó.

—Leopoldo Carrizo murió, y ellos salieron de Miami en dirección a Maracaibo, pero tardarán en llegar. Leopoldo Carrizo habló del Nuevo Libertador.

Celeste no dijo más. Tras esperar unos segundos, Varela susurró:

—¿Eso es todo?

—Sí. Se lo he repetido textualmente. ¿Puedo marcharme?

—¿Qué es eso del Nuevo Libertador?

—¿A mí me lo pregunta? —Se pasmó Celeste—. ¡Ustedes sabrán!

—¿Quiénes son «ellos»? Quiero decir los que salieron de Miami.

—No tengo ni idea. Escuche, acabo de decirle que le he repetido textualmente el mensaje que Tadeo me dio por teléfono, y eso es todo lo que sé. Él me llamó, me dijo que viniera a verlo a usted y le pasara ese mensaje. Yo le estoy agradecida a Tadeo por cierto asunto hace un par de años, y me ha gustado devolverle el favor. Soy persona agradecida, así que ni siquiera me ha importado quedarme casi sin dinero en este viaje en avión…, pero nada de complicarme la vida, ¿de acuerdo?

—¿Por qué supone que podemos complicarle la vida?

—Sé muy bien que Tadeo no se dedica precisamente a rezar el rosario. Pero bueno, cada cual hace lo que puede en esta cochina vida.

—¿Por qué le parece que la vida es cochina? —Sonrió Varela—. A mí me parece que es estupenda.

—Sí, ya comprendo. A mí también me lo parecería, en su lugar. Tengo ojos en la cara, ¿sabe? Usted tiene dinero, compra chicas bonitas, se las pasa por la bragueta, y ¡viva la vida! Me ha bastado echar un vistazo a esas tres de ahí fuera para comprender las cosas. Pero yo no tengo dinero para comprarme una casa como ésta, instalar una piscina, y comprarme media docena de negros hermosos que me estén haciendo feliz todo el día.

—No me diga que le faltan hombres.

—No, no me faltan hombres…, según a lo que llame usted hombres. Si se refiere a muertos de hambre que sólo piensan en penetrarme, de esos tengo todos cuantos quiero. Y gente como usted que tiene dinero y que por unos dólares cree que puede joderme hasta hartarse. De ésos también tengo los que quiero. Pero un hombre, lo que se dice un hombre, pues no, no señor, no tengo ni conozco ninguno.

—Bueno —sonrió Varela—, ese hombre puede aparecer en su vida en cualquier momento.

Celeste alzó las cejas simpáticamente, miró de arriba a abajo al gordísimo personaje, pareció reflexionar en algo muy serio, terminó por sonreír, y dijo:

—Sí, puede ser. Tampoco vamos a negarle a la vida que a veces nos depara hermosos premios. ¿Puedo marcharme?

Onésimo Varela no sólo había estado hablando de nimiedades y devorando con la mirada, a Celeste, sino que también había estado pensando. Si él había entendido bien lo que Tadeo Ruiz le había dicho a Celeste, lo que había ocurrido en Miami era lo siguiente: ellos habían hecho contacto con Leopoldo Carrizo, se habían visto obligados a matarlo, y ahora huían de Miami en dirección a Maracaibo, pero tenían que hacerlo por caminos indirectos, y por eso tardarían más de lo normal…

La situación sugería muchas preguntas. Por ejemplo ¿por qué ellos habían hecho contacto con Carrizo, si él les había ordenado que solamente lo vigilasen? ¿Qué había sucedido para que Carrizo hablase del Nuevo Libertador…, y qué había dicho al respecto? ¿Se habían visto obligados a matar a Carrizo para defenderse, o ellos le habían agredido al ver que Carrizo hacía algo inquietante…?

Y todavía otra pregunta: ¿le estaba diciendo la verdad aquella hermosa negra desconocida?

—Tal vez —dijo por fin Varela— sería mejor que esperase aquí la llegada de Tadeo. Considérese una invitada de privilegio.

—No, gracias. Ya sé de qué van esas invitaciones, y no me interesa.

—Se equivoca. Nada de lo que usted piensa va a suceder. Sólo quisiera que estuviera usted aquí cuando llegue Tadeo.

—¿Y eso por qué?

—Pienso que dos buenos amigos deben de estar encantados de

verse, ¿no?

—Me parece —sonrió de pronto Celeste— que usted no se fía de mí, simplemente.

—Bueno —sonrió a su vez Onésimo—, compréndalo: yo no la conozco, y la única prueba que tengo de que dice la verdad es que lo dice usted.

—Sí, sí, comprendo. Claro, usted debe de andar en alguno de eso líos en los que se mete Tadeo. Bueno, puedo quedarme unos pocos días, pero ¿sabe?, todo esto ya me ha ocasionado bastante perjuicio económico, y cuanto más tiempo esté fuera de casa más dinero iré perdiendo.

—Ya. Hagamos un trato: usted se queda hasta que llegue Tadeo, bien entendido que con todos los gastos pagados, y, además, por cada día que permanezca aquí yo le pagaré cien dólares…

—Doscientos —dijo alegremente Celeste.

—Doscientos —aceptó Onésimo—. ¿Le apetece un trago ahora?

—Escuche, no me atosigue —susurró Celeste—… Aunque esté usted muy gordo, es fuerte y hermoso, y a lo mejor en algún momento llega a gustarme…, pero no me acose, ¿entiende?

Onésimo alzó las manos, en gesto de paz, y luego señaló con ellas su entorno.

—Considérese en su casa. Cualquier cosa que necesite, pídasela a Tomás, o a mí mismo. O a cualquiera de los criados. Avisaré para que le preparen una habitación.

—Gracias.

—Almorzaremos a las doce y media. ¿Quiere acompañarnos o prefiere que le suban algo de comida a su habitación?

—La verdad es que lo que realmente deseo es ducharme y dormir tres o cuatro horas. Después de eso me sentiré como nueva. Incluso —sonrió— es posible que me comporte con un poco más de simpatía. Mire, señor Varela, de verdad, ya se lo he dicho: estoy hasta aquí de que los hombres, apenas me ven, ya quieran penetrarme. Maldita sea, quisiera que alguna vez me dejaran tranquila.

—Tómeselo con calma —susurró él—. Hasta luego.

La dejó sola en la penumbra de la sala. Celeste Martínez estuvo casi un minuto inmóvil, escuchando todo cuanto sucedía a su alrededor. Tenía un oído finísimo, hasta el punto de que oía ahora

el rumor de las aguas de la piscina removidas por las tres bellas jóvenes; incluso oyó algunas palabras sueltas…

Y eso era todo. Sabía que se había metido en la boca del lobo, pero, a fin de cuentas, eso era lo que ella había querido hacer. Aunque no estaba muy segura de hallarse en la boca del lobo, pues si algo era ella capaz de intuir, de olfatear, era el peligro. Y allí, no había peligro alguno que olfatear. Quizás, en lugar de meterse en la boca del lobo, se había metido en la boca de un manso perro de compañía.

Porque la verdad era que si algo NO parecía Onésimo Varela, era un peligroso espía director de espías.

Ni siquiera, aunque fuesen de poca monta, como Tadeo Ruiz y Fidel Lozano.

Capítulo IV

Hacia las cuatro de la tarde, después de dormir, en efecto, algo más de tres horas, Celeste Martínez salió de la casa, ataviada únicamente con dos prendas de vestir: el sujetador y la braguita. No había nadie en la piscina, y el sol relucía de un modo mortecino. El cielo amenazaba lluvia, pero de momento castigaba con aquel calor húmedo y pegajoso.

Celeste se quitó el sujetador y se zambulló en la piscina, en la que estuvo nadando lánguidamente unos minutos. Luego salió, se tendió en una de las extensibles, y, simplemente, pareció quedar dormida al sol…, pese a que ya sabía que desde una de las ventanas de la casa alguien la estaba observando con unos prismáticos.

Supuestamente, debía de ser Varela quien la espiaba, sin duda gozando con la sola visión de sus espléndidos pechos. Pero a veces las suposiciones engañan. Como quiera que ya había estudiado la distribución de la casa, no tardó mucho Celeste en situar el lugar desde el cual la espiaban con prismáticos: uno de los dormitorios de arriba, el segundo por la izquierda. ¿Era aquel el dormitorio de Onésimo Varela?

Nadie salía de la casa. Pero hacia las cinco menos cuarto, un automóvil silencioso apareció por el corto sendero, se detuvo a la sombra de unas acacias, y el conductor tocó el claxon. No se apeó nadie.

Tendida boca abajo en la extensible, al parecer ajena a todo, incluso a la llegada silenciosa de aquel coche, Celeste Martínez se las arreglaba para mirar hacia allí, pero no conseguía ver al conductor, debido al reflejo de la luz solar en el parabrisas; y también a la distancia, no inferior a sesenta metros…

Al poco, Varela salió de la casa, al parecer apresuradamente vestido, pues iba metiendo la camisa en los pantalones y calzaba zapatillas. Casi corrió hacia el coche, en cuyo asiento delantero

contiguo al del conductor se metió. El silencio persistía.

Celeste Martínez hizo su comedia; se sentó en la extensible, miró hacia el cielo como enfadada con éste o con el sol por no lucir como ella querría, y finalmente se puso en pie, se colocó el sujetador, y emprendió el regreso a la casa, sin mirar ni una sola vez hacia el coche. Entró en la casa, y subió velozmente al primer piso. Calculó la habitación desde la cual la habían estado espiando con prismáticos, y aplicó el oído a la puerta. Dentro no se oía nada. En cambio, desde otra habitación llegaba ahora el rumor de las voces de las dos morenas y la rubia.

Celeste Martínez empujó la puerta de aquella habitación, y entró. No había nadie allí. Sobre un sillón ubicado cerca de la ventana, vio los prismáticos. Los cogió, se colocó a un lado de la ventana, calculando que su posición no la delatase por el brillo de los lentes, como le había sucedido a la persona que anteriormente había utilizado los prismáticos, y enfocó éstos hacia el coche.

Todavía tardó casi veinte segundos en conseguir concretar la forma de un rostro humano tras el cristal parabrisas, en el puesto del conductor. Y otros veinte segundos en llegar a una conclusión en la que no terminaba de creer: el conductor de aquel coche, el hombre que había llamado a Varela tocando el claxon, era chino.

Transcurridos un par de minutos, los ojos de Celeste se habían acomodado todavía más a la situación, fueron percibiendo más cosas; en parte porque las nubes iban cerrando en el cielo, y el reflejo solar incidía apenas en el cristal parabrisas… Sí, era un chino. Un chino de menos de cuarenta años, de facciones hermosas e inteligentes, de cuello nervudo, de atleta… No. Más bien de gimnasta, o de… Sí, quizá de practicante de alguna arte marcial. Era un chino hermoso, fuerte y elegante, considerando que vestir traje completo y corbata en aquel lugar y clima era hacer gala de elegancia e incluso de seriedad. Los ojos del chino eran grandes, despiertos, y parecían espejos mientras conversaba con Varela. Celeste miró a Varela un instante. Le pareció que estaba inquieto. Incluso asustado. El chino no parecía ni inquieto ni asustado. No parecía nada: estaba haciendo gala de su impasibilidad racial.

La conversación terminó.

Onésimo Varela salió del coche, y éste maniobró, enfilando el sendero en sentido inverso, hacia la salida. Celeste Martínez se

apresuró a dejar los prismáticos donde los había encontrado, salió a toda prisa de aquella habitación, y entró en la suya, sonriendo mordazmente al oír las risas de las tres chicas en la habitación de Varela, sin duda.

Celeste se duchó rápidamente, se secó, y cuando se disponía a vestirse oyó la llamada en la puerta del dormitorio. Fue a abrir, envuelta con la toalla de baño. Onésimo Varela le sonrió amablemente.

—¿Qué tal? —saludó—. ¿Cómo ha ido el baño?

—Bien —sonrió a su vez Celeste—, pero a mí me gusta que el sol caliente más, así que no he podido estar tanto rato como hubiera querido.

—En Cuba llueve menos, ¿verdad?

—No sé —rió ella.

Él también rió, y acto seguido dijo:

—Acabo de tener noticias de Tadeo. Él no puede acercarse a la casa, ni quiere llamar por teléfono. Pero me está esperando en un sitio… adecuado. Me ha parecido que le gustaría acompañarme.

—¿Para qué? —se sorprendió Celeste.

—A los buenos amigos les gusta encontrarse, ¿no?

—Yo no he dicho que seamos buenos amigos, sino que le debía un favor y que… Oh, está bien, le acompañaré. Y me alegra que él haya llegado ya a Maracaibo, pues así podré marcharme mañana mismo. A menos —miró con desconfianza a Varela— que usted tenga algo que oponer.

—Claro que no. Mientras se viste voy a sacar el coche del garaje… después de vestirme yo también, claro. Hasta ahora.

Celeste cerró la puerta, pero permaneció allí no menos de un minuto, con el oído aplicado a la madera convenciéndose de que Varela se había alejado y que nadie ocupaba su lugar espiándola. Del maletín, sacó el paquete de cigarrillos que contenía la radio ya con la onda de Maracaibo, y efectuó la llamada, para informar a los Simones de la intervención de un chino en aquel asunto, a fin de que tuvieran más elementos de juicio para realizar su investigación exhaustiva en torno a Onésimo Varela…

Los Simones no contestaban.

Temiendo alguna avería en el pequeño aparato, o algún error por su parte, Baby repasó la pequeña radio, incluso la colocación de

las pequeñas placas que determinaban la frecuencia de onda. Se convenció de que todo estaba correcto y funcionaba adecuadamente, y volvió a llamar.

Sin respuesta.

Dejó la radio a un lado, y procedió a vestirse para salir. Cuando estuvo preparada, volvió a llamar. El silencio persistía. Sencillamente, era como si su radio estuviese lanzando señales al más absoluto vacío. Como si en Maracaibo no hubiera agentes de la CIA atendiendo el servicio. Y sí los había, puesto que tan sólo cuarenta y cinco horas antes, al llegar ella al aeropuerto Grano de Oro de Maracaibo, había llamado, había obtenido respuesta inmediata, y varios hombres se habían puesto incondicionalmente a su servicio, como sucedía siempre en cualquier parte del mundo a la que llegara inopinadamente la agente Baby. Había habido Simones, que la habían asesorado, la habían paseado en helicóptero, y ahora, según la última conversación sostenida con uno de ellos debían de disponer de más datos de Onésimo Varela para informarla a ella.

Todavía hizo otra llamada antes de aceptar que, por lo que fuese y como fuese, se había quedado sola en Maracaibo. Recordó las palabras de Simón en el helicóptero: «Maracaibo es un pozo de sorpresas…, y un nido de víboras».

Muy bien.

Guardó la radio en el maletín, y del doble fondo de éste sacó la pequeña pistola de cachas de madreperla, que se sujetó a la cara interna del muslo izquierdo con una tira de esparadrapo, como era habitual en ella.

Puso todo en orden dentro del maletín, lo cerró, y, sujetando el asa con la mano izquierda, abandonó el dormitorio que Onésimo Varela le había asignado.

Iba preparada para hacer frente a cualquier víbora que apareciese en su camino.

Pero no apareció ninguna. No apareció nadie en su camino, ni siquiera alguno de los criados. Abajo, frente a la puerta de la casa, fumando junto al coche, la esperaba Varela, que la miró como intrigado.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó.

—No —simuló desconcierto ella—. ¿Por qué?

—Me ha parecido que tardaba mucho.

—Eso era debido a la impaciencia por volver a verme —rió ella.

Varela sonrió, y se metió en el coche, ante el volante, sin hacer el menor gesto que indicase que fuese a abrirle la otra portezuela a su invitada. Celeste se sentó junto a él. Varela arrancó.

—¿Adónde vamos? —preguntó Celeste.

—¿Conoce Maracaibo?

—Huy, ya lo creo —exclamó ella—… Sé que hay una hermosa Plaza de Simón Bolívar, en la que hay una espléndida catedral; sé que el nombre de Maracaibo procede de un sujeto llamado Mara, un cacique venezolano del siglo XVI; sé que el aeropuerto se llama Grano de Oro; sé que hay unos bonitos distritos que llevan los encantadores nombres de Milagros, Paraíso, Bellavista… Y sé que hay un formidable puente que desde la ciudad cruza al otro lado del lago, con lo que los habitantes de Maracaibo tienen más fácil sus viajes al centro del país. Incluso creo recordar la longitud de tan formidable puente: ocho mil setecientos cuarenta metros. ¡Ah, un momento…! Está también el canal que desde el lago permite llegar al golfo y por tanto a mar abierto…

—¿Y cómo se llama ese canal? —terminó por reír Varela.

—El Tablazo.

—Exacto. Ya veo que sabe bien dónde pone los pies…, en líneas generales. Pero me parece que todo eso no es suficiente para que entendiera a donde vamos por mucho que se lo explicara. Para simplificar, le diré que vamos en dirección norte, hacia Paraguaipoa. ¿Le dice algo eso?

—Que veremos el mar, puesto que Paraguaipoa está en el golfo.

—Sí, así es. Tenemos por delante más de media hora de viaje. ¿Quiere que ponga música?

—No, qué horror. El interior de un coche en marcha no es lugar para escuchar música.

—¿Por qué no? —se sorprendió Onésimo Varela.

—Porque ni se aprecia debidamente la música, ni se aprecia el viaje, ni se está lo suficientemente atento a las posibles emergencias que puedan surgir en la ruta.

—Eso es cierto —tuvo que admitir Varela; de pronto, señaló el maletín—. ¿Es necesario que lo lleve?

—Se me ha ocurrido que una vez hayamos visto a Tadeo podré marchar directamente al aeropuerto… Va a llover y pronto.

—Si —asintió Varela—… Antes de cinco minutos.

Apenas dos minutos más tarde comenzó a llover, en efecto, primero como tímidamente, pero muy pronto de modo torrencial. Durante quince minutos de viaje la intensidad de la lluvia fue tal que incluso se hacía difícil la conversación dentro del coche, y Varela estuvo a punto de parar a un lado de la carretera. Pero, sin duda, tenía muy buenos motivos para arrostrar las molestias e incluso las dificultades rayanas al peligro que significaba seguir conduciendo. La lluvia perdió luego violencia, pero no densidad. Llegó un momento en que casi parecía que fuese de noche. Era imposible ver más allá de cien metros, y esto, confusamente. Pero Celeste se dio cuenta del momento en que Varela abandonó la carretera principal para enfilar otra secundaria, que poco después se convertía en un simple camino mal asfaltado.

Las luces de la casa aparecieron de repente, como ojos amarillos en la húmeda lobreguez de la tarde. Quizás una hora más tarde se disiparían las nubes, y volvería a lucir el sol, pero en aquellos momentos parecía que la luz jamás fuese a reaparecer.

—Para aquí —oyó Varela la seca voz de Celeste Martínez.

Sorprendido, volvió la cabeza…, y respingó al ver la boca de la pequeña pistola a menos de un palmo de su rostro. La mirada sobresaltada de Varela fue hacia los negros ojos de la espía norteamericana, que hizo un gesto tan expresivo con su arma que Varela frenó en seco.

—Apaga el motor y las luces —siguió ordenando ella—… Ajá, muy bien. Y ahora, dime: ¿quién hay en esa casa?

—Ya te he dicho que nos espera Tadeo…

—Tadeo no puede esperarnos, porque Tadeo está en Estados Unidos. Lo que ocurre es que el chino que te visitó desconfía de mí, y te propuso la jugada: tenías que decirme que Tadeo nos esperaba, a ver cómo reaccionaba yo, a fin de saber vosotros a qué ateneros. Si yo me negaba a creer que Tadeo estaba aquí, malo. Y si aceptaba venir, dejaba de comprometerte con posibles problemas en tu casa, ya que aquí podréis manejarme mejor para que os diga la verdad de las cosas que queréis saber. En cualquier caso, lo cierto es que no confiáis en mí, que tú avisaste de mi presencia al chino, y que éste fue a tu casa posiblemente para cazarme o matarme allí; pero tú le dijiste que tenías tres invitadas, que posiblemente alguien supiera

que yo estaba allí, que si ocurría algo te iba a comprometer y que eso podía ser peor para todos… De modo que el chino, que iba a por mí, desistió entonces, y te ordenó que me trajeras aquí. ¿De acuerdo?

Onésimo Varela se pasó la lengua por los labios, sin contestar. Celeste le miraba con fría inexpresividad. Ni siquiera se iba a molestar en preguntarle si había sido él quien la había estado espiando con los prismáticos desde la ventana, pero sí había una pregunta que tenía que hacer:

—¿Qué les ha ocurrido a los agentes de la CIA?

El pasmo de Varela fue total, y Celeste comprendió en el acto que también fue sincero.

—¿Los agentes de la CIA? —exclamó.

—¿No sabes que estás enfrentado a la CIA?

—¡Claro que no! —aulló el venezolano.

—Tranquilízate. ¿Quién es ese chino, cómo se llama y cuál es el asunto que tenéis entre manos? El verdadero asunto, ¿comprendes?

—Yo… no sé cómo se llama…

—Ya. Y tampoco has oído hablar del Nuevo Libertador, como simulaste cuando te di el falso recado de Tadeo, ¿verdad? Onésimo, no eres más que un estúpido buey semental que estás siendo utilizado. Créeme: los chinos jamás han hecho ni harán nada que pueda beneficiar a alguien que no sea China. De modo que, sea lo que sea lo que te hayan dicho, te han mentido. ¿Cómo se llama ese chino?

—Él dice llamarse Sing Tai.

—De acuerdo. ¿Cuántos chinos más hay esperándonos en esa casa?

—No lo sé.

—Pero me has traído a una trampa, ¿cierto?

—Sí… ¡En ningún momento él me dijo que íbamos a enfrentarnos a la CIA!

—Puedes estar seguro de que te ha mentido en muchas cosas. En realidad te está manipulando conforme a las conveniencias de China. Te haya dicho lo que te haya dicho, él sólo trabaja para China. ¿Lo entiendes?

—Maldita sea…

—Pon el coche de nuevo en marcha y da la vuelta. Será mejor

que nos alejemos de aquí, para conversar con tranquilidad.

—¿Vas a matarme?

—Si no me obligas, no.

—¡Pero me entregarás a la CIA!

—Tampoco, si colaboras conmigo. Yo no soy una agente… corriente de la CIA, sino alguien especial. Puedo ordenar que nadie te moleste jamás, y la CIA seguiría mis instrucciones.

—Todos los de la CIA son unos hijos de puta —jadeó Varela—… ¡Sé que ellos jamás consentirían que el Nuevo Libertador consiguiera el triunfo que ha de depararnos la auténtica libertad a todos los latinoamericanos!

—Quizá tengas razón —admitió Celeste—, pero lo seguro es que sea lo que sea que pretenda China, no será mejor que lo que pretenda Estados Unidos.

—¡China está dispuesta a ayudarnos!

—No seas estúpido —casi se enfadó Celeste—. Y da la vuelta y alejémonos de aquí ahora mismo. ¡Hazlo, o te meto una bala en los sesos!

Onésimo Varela miraba con expresión desorbitada a Celeste Martínez. De pronto, movió la mano derecha hacia la llave del contacto, pero, con una rapidez que realmente sorprendió a la hermosa negra, considerando el volumen del venezolano, éste empujó la portezuela con el hombro izquierdo, y se lanzó fuera del coche, rodando por el asfalto hacia la empapada tierra de la cuneta.

—¡Varela! ¡Vuelve, aquí, cretino! —gritó Celeste.

El gordísimo personaje se puso en pie, ya completamente empapado por la densa lluvia que seguía cayendo y que convertía las luces de la casa en algo parecido a relámpagos de oro. Celeste se desplazó hacia el asiento del conductor, y dio el encendido. El motor rugió. Onésimo Varela comenzó a correr, talmente como un hipopótamo, hacia la casa. Celeste arrancó para alcanzarlo con el coche y tratar de dominarlo.

De repente, Varela se detuvo, como si acabase de chocar contra una pared.

Durante un instante que pareció una eternidad, estuvo de pie, como petrificado. Luego se estremeció, y se llevó las manos al pecho, al tiempo que caía lentamente de rodillas. Posiblemente, Onésimo Varela no sabía con exactitud qué le estaba sucediendo,

pero la agente Baby sí lo sabía: le estaban disparando con rifles silenciosos, para eliminarlo. Era muy simple: él había quedado en evidencia, de modo que lo habían utilizado para traer a la negra Celeste a la trampa, y acto seguido era eliminado. Muy clásico. Y ahora querrían atraparla a ella para que les dijera quién era realmente, qué sabía, quién le había proporcionado la pista inicial…

Pero mientras pensaba, Baby también actuaba. En un instante, llegó con el coche junto a Varela, que sequía de rodillas, atónito. Detuvo el coche y se volvió, para abrir la portezuela de atrás.

—¡Varela! —gritó—. ¡Sube!

Onésimo volvió la cabeza, y la miró. El hombre estaba sencillamente estupefacto, le colgaba el labio inferior en un gesto infantil de sorpresa inaudita, de incredulidad. Sus ojos, muy abiertos, miraban a Celeste con la expresión de niño injustamente castigado…

Y así estaba cuando recibió otro balazo y de nuevo se estremeció, para terminar dando un extraño brinco que le puso en pie. Y acto seguido, se tiró dentro del coche por el hueco de la portezuela que Celeste le había abierto.

El coche osciló al recibir el tremendo peso, pero Celeste no se anduvo con indecisiones ni miramientos. Simplemente, arrancó de nuevo, iniciando la vuelta para emprender el regreso hacia la carretera.

Tras ella oía los gemidos y las maldiciones de Varela. Y, de un momento a otro, sabía que oiría los impactos de las balas contra el coche, con el consiguiente riesgo de que alguna de las balas, tras atravesar la plancha o algún cristal, la alcanzara.

Sin embargo, nada de esto sucedía. Ni una sola bala había alcanzado el coche cuando estaba a punto de llegar a la carretera mejor asfaltada.

Entonces, apareció el otro coche, precisamente procedente de esa carretera mejor asfaltada. Las luces del recién aparecido vehículo alcanzaron de frente y de lleno el coche que ahora conducía la agente Baby, que apenas pudo vislumbrar las siluetas de dos hombres armados con rifles que saltaban velozmente fuera del vehículo…

La reacción de Celeste Martínez la sorprendió incluso a ella: giró

el volante hacia la izquierda, y el coche se salió del camino asfaltado hacia la tierra empapada, se deslizó tres o cuatro metros, produjo surtidores de barro al girar las ruedas, y luego pareció saltar para enseguida circular con aceptable normalidad por el barro, alejándose del camino asfaltado.

La mirada de Celeste fue hacia el retrovisor. Vio las luces del otro coche como si fuesen cohetes enloquecidos, pues su vehículo saltaba cada vez que tropezaba con algo o se hundía en algún pequeño agujero. Detrás de ella, Varela gemía cada vez más débilmente. Por un instante. Celeste se volvió, para mirarlo. No vio más que la mancha pálida de su rostro, y la blancura de sus córneas, pues tenía los ojos muy abiertos.

Volvió a mirar por el retrovisor, y vio las luces del coche enemigo tras ella. Casi era como navegar sobre barro. De cuando en cuando, las ruedas resbalaban, y mientras lanzaban barro hacia atrás, el coche no avanzaba ni un milímetro. Por detrás, las luces del otro coche se iban acercando. La lluvia se espesaba. La claridad del día, de la tarde, era apenas como un brochazo gris perla. Los colores ofrecían matices insólitos. El rumor de la lluvia era ensordecedor ahora. El suelo se estaba convirtiendo en un pantano…

Por el retrovisor de nuevo, Celeste vio cómo el coche de los perseguidores se deslizaba patinando e iba a estrellarse de costado contra uno de los escasos árboles. Dos hombres más se apearon, seguramente echando maldiciones… Los dos que se habían apeado antes armados con rifles llegaban en aquel momento junto al coche estrellado contra el árbol. Eran ahora cuatro hombres, todos ellos armados con rifles, todos mirando hacia el coche que conducía Celeste Martínez.

Ésta no tardó ni un par de segundos en comprender la verdad: si ella continuaba conduciendo el coche por aquel cenagal, los cuatro chinos la iban a alcanzar por el sencillo procedimiento de desplazarse a pie. Eso, sin contar con que en cualquier momento su coche también podía quedar empotrado en alguno de los árboles que por ahora iba sorteando.

Solamente tenía una oportunidad: aprovechar la ventaja que tenía ahora, abandonar coche, y correr por delante de sus perseguidores para intentar despistarlos. Y si no lo conseguía,

plantarles cara: una pistolita de balas diminutas contra cuatro rifles manejados sin la menor duda por expertos agentes chinos. La espía americana metió el pie en el freno, agarró su maletín, y se volvió hacia el asiento de atrás. Su mirada pareció chocar con la de Varela, cuyo rostro no podía parecer más gris.

—Tus propios amigos te han eliminado —dijo Celeste—, no puedes ser tan tonto que no te hayas dado cuenta de eso. ¿No quieres vengarte de ellos diciéndome quién es el Nuevo Libertador?

—Carlos… Carlos María… María… Lugones…

—¿Dónde está? —exclamó Baby.

—En… La Haban… La… La Habana, o en… en…

La voz de Onésimo Varela cesó de pronto. Todo él quedó sumido en la más completa quietud, en el más completo silencio. Su enorme masa humana parecía desparramada en el asiento posterior, su hermoso rostro de buey bien cebado estaba inmóvil, sus desorbitados ojos parecían de pronto de cristal. Una vida alegre y de abundantes refriegas sexuales había llegado a su fin.

Pero Celeste Martínez no tenía tiempo para mayores consideraciones filosóficas, ni de ninguna otra clase. Así que, sin vacilar ni un instante, salió del coche y echó a correr bajo la feroz lluvia tropical que parecía que fuese a inundar el mundo entero.

De ella no quedaba ya ni las huellas de sus pisadas en el lodo cuando llegaron los cuatro hombres, jadeando y rodeando el coche, en el que, inmediatamente se dieron cuenta, no estaba la hermosa negra llamada Celeste. El hermoso chino posiblemente practicante de artes marciales y cuyo nombre (al parecer) era Sing Tai, llegó rápidamente junto a las abiertas portezuelas, y vio a Onésimo Varela en la parte de atrás, en tal actitud que enseguida se percataba uno de que estaba muerto.

—Maldita sea —jadeó en inglés el chino Sing Tai—… ¡Se ha marchado!

—Era de esperar —dijo otro de los hombres, también en inglés, acercándose.

La luz lívida del atardecer lluvioso iluminaba su semblante lo suficiente para que no cupiera lugar a la menor duda respecto a su identidad: era Simón Helicóptero. Es decir, el agente de la CIA que, pocas horas antes, había paseado a la agente Baby en helicóptero por encima de la villa de Onésimo Varela.

—Pues hay que alcanzarla —dijo Sing Tai—… ¡No podemos permitir que escape!

—Olvídalo —dijo Simón Helicóptero—. En estas condiciones, es como perseguir una pantera en la oscuridad. Jamás la alcanzaremos. Ella es Baby, ¿recuerdas?

—¡Maldita sea! —Estalló Sing Tai—. ¡Nada menos que ella ha tenido que meter sus malditas narices en este asunto!

—Tranquilízate. Incluso ella tendrá que desistir de seguir adelante, pues su única pista ha quedado cortada —Simón Helicóptero señaló a Varela—… Te diré lo que ella va a hacer ahora: se las arreglará para ir a recoger sus cosas, normalizará su situación en Maracaibo, y, sencillamente, en cuanto le parezca oportuno, abandonará Venezuela con su verdadero nombre, sin complicaciones de ninguna clase ni para ella ni para nosotros. Dicho de otro modo: la agente Baby ha quedado fuera de juego.

Sing Tai no dijo nada. Los otros dos hombres presentes tampoco dijeron nada. Seguía lloviendo. Llegaba la noche. En alguna parte, la agente Baby corría, corría, corría poniendo tierra y barro y lluvia de por medio. La agente Baby huía.

Pero, ciertamente, no había quedado fuera de juego.

Capítulo V

Marcos Arévalo tenía treinta años, era alto, esbelto y elegante, y sus facciones correspondían a uno de esos héroes increíbles y fascinantes de novelas románticas. Tenía un coche deportivo, un diminuto apartamento en La Habana, y tenía digamos en usufructo otro hermoso apartamento en Varadero, junto a la más que conocida discoteca llamada El Kastillito.

Ciertamente, pedir más a la vida habría sido pecado. Porque si una persona, además de tener lo que tenía Marcos Arévalo, vivía en Cuba, era para morirse de gusto.

Y es que así son las cosas. Para unos, la vida es una pura miseria cuya prolongación no tiene objeto ni gracia alguna. Para otros, la vida es un continuo e interminable devenir de acontecimientos felices, por lo que, claro está, uno desea que jamás termine.

Sin embargo, en la vida todo termina. Empieza y termina. La suerte de Marcos Arévalo se había iniciado tiempo atrás, había comenzado. Ahora, al parecer, iba a terminar.

Cuando menos, esto era lo que pensaba Narcis Arévalo, cuyos grandes ojos románticos y soñadores contemplaban con lógico sobresalto a la despampanante muchacha rubia que acababa de aparecer ante él apuntándole al rostro con una pistola.

El susto había sido morrocotudo.

Las cosas habían sucedido así: Marcos Arévalo había llegado a su apartamento de Varadero, frente al hermosísimo mar, y había decidido tomarse una ducha. Fin de semana, placeres por delante, tiempo disponible, delicias secretas… Todo en orden, todo bien, todo perfecto. De modo que Marcos se desnuda, se mete en la bañera, toma su ducha, sale de la bañera, comienza a secarse con la toalla de alegre colorido…, y entonces como una pantera hecha de silencio y sol, había aparecido la muchacha rubia en la puerta del cuarto de baño, pistola en mano, apuntando al bello rostro del

felicísimo cubano.

—Dios bendito —pudo jadear por fin Arévalo—... ¿Qué... qué quiere, quién es usted...?

—Tómeselo con calma —dijo la pantera, en perfecto español—. Termine de secarse, no vaya a pillar un resfriado.

Marcos tragó saliva, y obedeció a la bella desconocida. Hablaba el español divinamente, de acuerdo, Marcos sabía apreciar esto. Pero también sabía apreciar otras cosas, de modo que comprendió que la muchacha no era cubana, eso por descontado. Era yanqui. Había muchas chicas como aquella en Varadero. También en La Habana, pero más en Varadero, donde parecía amontonarse el turismo peculiar que significaba aquellas jóvenes que llegaban a la sensual y hermosa Cuba en busca de experiencias que recordar durante toda su vida. Había chicas como aquella incluso en el edificio donde tenía su apartamento Marcos Arévalo. En realidad, había más chicas rubias que morenas, en aquel lugar.

Tal vez por eso la rubia de la pistola era tan rubia, tan sofisticada, tan igual a tantas y tantas rubias; tan iguales, que nunca nadie repararía en ella de un modo especial. ¿Una rubia? ¿Cuál rubia?

—¿Quién es usted? —insistió Marcos, recuperándose.

—Puede llamarme Margarita.

—Pero... ¿a quién busca? Estoy seguro de que se ha equivocado, porque mi nombre...

—Señor Arévalo, sé muy bien dónde estoy y con quién estoy. Es usted quien no sabe con quién se las está viendo, motivo por el cual voy a darle un consejo: pórtese bien, conteste a todas mis preguntas, y posiblemente seguirá viviendo. Pero si se porta mal, si me hace enfadar, le cortaré el cuello. ¿Me he explicado?

Marcos Arévalo apenas pudo tragar saliva mientras asentía con un gesto. Luego, interpretando el de la rubia, terminó de secarse, y cuando ella se apartó de la puerta del cuarto de baño él salió, directo al dormitorio. Sobre la cama había dejado el pijama corto, que se puso. La rubia señaló una butaquita, y el guapísimo cubano se sentó.

Ella se sentó frente a él, y su mirada fue recorriendo lentamente el dormitorio. De cuando en cuando, en su ceño aparecía como una diminuta arruga de perplejidad, quizás al ver los cuadros

representando bellos efebos, escenas pastorales, paisajes bucólicos en los que predominaban las flores… Había un tocador, y sobre éste varios frascos de perfume. En el suelo había dos delicadas alfombras que parecían (y que posiblemente eran) de visón. En el amplio ventanal se reflejaba la luz del sol vespertino. Al fondo, todo parecía teñirse de azul.

La mirada de la rubia Margarita regresó a los hermosos ojos oscuros de Marcos Arévalo, cuyas pupilas estaban dilatadas.

—En realidad —susurró Margarita—, no es usted quien me interesa, sino su jefe. Llegué hace dos días a La Habana y me interesé discretamente por él. He sabido bastantes cosas, pero pronto he comprendido que he sabido sólo lo que se puede saber digamos… normalmente. O sea, nada que en verdad valiera la pena para un investigador. En circunstancias normales yo habría dispuesto de mucha ayuda para realizar esa labor investigadora, pero he comprendido que las circunstancias no son normales. Lo comprendí enseguida, apenas llegar a Cuba, cuando hice una llamada y nadie me contestó. Está ocurriendo algo insólito realmente, y yo quiero saberlo… ¿Me va usted comprendiendo, señor Arévalo?

—Bueno… No sé… Creo que sí.

—Sí —ella se permitió una sonrisa—. Usted es un joven muy inteligente. Supongo que por eso lo eligió Carlos María Lugones como secretario personal. Y es por eso que yo le he elegido para obtener más y digamos más… completa información sobre el señor Lugones. ¿Para qué andar por ahí fisgando, con el riesgo que eso significa, si puedo saberlo todo tranquilamente sentada ante un hermoso e inteligente caballero? De modo que, apenas transcurridas veinticuatro horas de mi llegada a La Habana, sabía lo suficiente de Carlos María Lugones para saber que tenía un secretario que tenía un apartamento en Varadero… ¿O no es de usted este apartamento?

—Sí —jadeó Arévalo—…, sí, es mío.

—Claro que no —sonrió ampliamente la rubia—. No es de usted, sino de su jefe. Usted tiene un diminuto apartamento en La Habana, pero este apartamento es del señor Lugones. Sin embargo, usted ha venido aquí como si fuera suyo… ¿Tal vez el señor Lugones le deja a usted una llave, por si precisa un lugar… íntimo y tranquilo para sus aventuras?

—Sí —Arévalo estaba lívido—… Sí, eso es, en efecto.

—Ya. O sea, que usted trae chicas aquí y se lo pasa en grande.

—Sí… Sí.

La rubia asintió. Miraba a Arévalo cada vez más como si el cubano fuese un simpático conejito blanco de ojos rojos. Volvió a mirar en torno, sonrió una vez más (pero de aquel modo que ponía frío en la nuca de Arévalo), y dejando la pistola en una mesita encendió un cigarrillo que sacó de su maletín, que estaba apoyado en los pies de la butaca.

—Su jefe, el señor Carlos María Lugones, es un rico industrial —dijo Margarita, suavemente—. Tengo entendido que además de diversas industrias tiene una flota pesquera. ¿Correcto?

—Sí. Sí, sí.

—Ya me he enterado de que él está muy bien situado en Cuba, tanto social, como políticamente. Y no digamos económicamente. Tiene una esposa de alto nivel, una casa envidiable en La Habana y otra en Pinar del Río, muchos amigos, influencias de toda clase… También tiene dos hijos encantadores: un muchacho de quince años y una jovencita de trece que, según me cuentan, será algo así como una bomba de belleza cuando sea mujer. Verdaderamente, cuando una mujer cubana sale guapa la cosa es de auténtica fantasía. ¿Le gusta a usted la hija del señor Lugones, señor Arévalo?

—Bueno, es… es la hija de mi jefe, y… Sí, claro, me… me gusta…

—¿Mucho? Por ejemplo: ¿le gusta tanto que sería capaz de llenarle la cabeza de pájaros y sueños de amor y privarla de su virginidad?

—No… No, no, oiga, yo no… ¡No!

—No se asuste. A fin de cuentas, una cubana de trece años es ya prácticamente toda una mujer. ¿O no?

—¿Qué es lo que quiere usted? ¿Qué pretende?

—En realidad, lo único que pretendo es saber quién es el Nuevo Libertador. ¿Sabe de qué le estoy hablando?

—No —dijo con un hilo de voz Arévalo—… No tengo… ni idea.

—¿No? ¿Tampoco ha oído usted mencionar ese lema basado en unos versos de Rubén Darío, y que dice «Libertad, Divino Tesoro»?

Marcos Arévalo quiso hablar, pero no pudo. De su boca brotó algo que se parecía al cacareo de una gallina. Tan sólo para tragar

saliva tuvo que hacer un esfuerzo terrible, que resultó evidente para la rubia.

La cual preguntó:

—¿Es el señor Lugones ese maravilloso Nuevo Libertador?

—¡Claro que no! —gritó Arévalo.

—¿No? —Entornó los párpados Margarita—. ¿Quién es, entonces?

—¡No lo sé!

—Pero sí ha oído hablar de él, ¿verdad?

—Bueno, sí… Sí, eso sí, es verdad…

—Ya. ¿Usted cree que el señor Lugones sabe quién es el Nuevo Libertador?

—No… No lo sabe. Nadie lo sabe.

—¿Nadie? Vamos, vamos, señor Arévalo… Mire, las cosas que existen siempre las sabe alguien. ¿Comprende lo que quiero decir? Por ejemplo, si usted me hablase de un caimán que volase yo no me lo creería. Posiblemente, nadie en el mundo le creería. Pero siempre habría alguien que, si existía ese caimán, lo habría visto y creería en él. ¿Me explico?

—Sí… Pero nadie sabe quién es el Nuevo Libertador.

—¿Ni tan siquiera dónde puede estar ahora?

—No. Ni siquiera eso.

—No se está usted esforzando demasiado en caerme simpático, ¿sabe?

—¡Le aseguro que nadie conoce al Nuevo Libertador! Qui-quiero decir que… que nadie que yo conozca conoce al Nuevo Libertador.

—Comprendo. ¿Se le ocurre a usted alguien que sí pueda saber quién es el Nuevo Libertador y dónde encontrarle?

—No… No.

—¿Ni siquiera el señor Lugones? ¿De verdad?

—¡No lo sabemos!

Margarita contemplaba cada vez con más interés al cubano, que ahora estaba sudando de un modo increíblemente copioso, hasta el punto de que tenía que ir secándose con la toalla. ¿Tanto miedo le inspiraba ella? La respuesta era NO. No era a ella directamente a quien tenía TANTO miedo Marcos Arévalo.

En aquel momento, al fino oído de Margarita llegó el sonido de un llavín en la cerradura de la puerta del apartamento. Su mirada se

clavó duramente en Arévalo, que parecía más muerto que vivo.

—Si hace usted cualquier ruido o gesto que delate mi presencia aquí —susurró Margarita—, es posible que me vea obligada a matarlos a usted y a su amiguita. De modo que entienda bien esto: arrégleselas como quiera, pero dígale que se marche, que ya la llamará en otro momento. ¿Comprende?

Arévalo no podía ni moverse.

Margarita fue al armario empotrado, abrió una de las puertas, y se metió dentro, dejando visible la boca de su pistola. Como un autómata, Arévalo se puso en pie, y dio dos pasos hacia la puerta del dormitorio. Fuera de éste se había oído claramente el sonido de la puerta al cerrarse, y acto seguido las fuertes pisadas, acercándose al dormitorio.

Un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, elegante, atractivo, apareció, sonrió al ver a Arévalo, se acercó a él, le pasó una mano por la nuca, y lo atrajo, besándolo en los labios dulcemente.

Enseguida, se irguió, mirándole vivamente sorprendido.

—¿Qué te pasa? —preguntó; lo miró con más atención, vio su cuerpo sudado, su tensa expresión, y se alarmó—. ¿Te encuentras mal, cariño?

Marcos Arévalo no conseguía reaccionar. Parecía de piedra. El hombre que le había besado en la boca le miraba fijamente, cada vez más preocupado… De pronto, se volvió hacia el armario, al percibir allí el movimiento de una de las puertas.

Palideció intensamente al ver salir a la rubia. Ni siquiera pareció ver la pistola que ella empuñaba, sólo miraba con terrible fijeza sus grandes ojos azules.

—Verdaderamente —dijo la rubia— ninguno de ustedes daría bien la imagen de un Nuevo Libertador de las Américas. Con sinceridad, señor Lugones: acabo de llevarme una de las más grandes sorpresas de mi vida. Claro que en tan poco tiempo no he podido saber muchas cosas de ustedes, pero… esto ha sido toda una sorpresa. Casi podríamos decir que ha sido un *shock*.

—¿Quién es usted? —jadeó Carlos María Lugones.

—Siempre hacen todos la misma pregunta, como si conocer mi identidad fuese a resolver sus problemas. Y no es así. Pero, en fin, como ya le he dicho a su… secretario, me llamo Margarita.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Acaso tienen alguna queja? ¡Lo estamos haciendo todo bien, tal como nos van ordenando, ¿no es así?!

—¿Qué es lo que les vamos ordenando?

—Lo de las armas, los pesqueros, y… ¿Qué quieres? —Miró de pronto a Arévalo, que le tiraba de una manga.

—Lo que su amante trata de decirle es que se está usted equivocando —explicó Margarita—. Usted me confunde con otra persona. ¿Debo entender, señor Lugones, que está utilizando sus pesqueros para transportar armas? ¿Quién le ordena que haga eso, de dónde saca las armas, adónde las lleva, qué clase de armas y en qué cantidad?

Demudado el rostro, Lugones miró a su hermoso secretario, que se dejó caer sentado en el borde de la cama y murmuró:

—No sé quién es, ella apareció de pronto amenazándome con esa pistola, y dijo… que se llama Margarita, quiere… saber muchas cosas sobre el Nuevo Libertador.

—¿Y qué le has dicho? —Se tensó la voz de Lugones.

—La verdad: que nosotros no sabemos quién es ni dónde está. Pero me parece… que sea quien sea no nos va a ser fácil convencerla, Carlos María.

—No crea —dijo Margarita amablemente—. Una de mis muchas cualidades consiste en saber escuchar muy atentamente. Otra, todavía más desarrollada, es la de saber cuándo alguien me está diciendo la verdad y cuándo alguien me está mintiendo. ¿Por qué no hace la prueba, señor Lugones?

—¿Por qué tengo que decirle nada a usted?

—Por varios motivos. Uno de ellos, que me gustaría conocer al Nuevo Libertador, y quizá sus informes puedan ayudarme a conseguirlo. Otro motivo, que si no me complace es muy posible que decida castrarlos a los dos. O quizá los mate y deje sus cadáveres desnudos en la bañera… ¿Le gustaría a usted que sus amistades y su familia…, sus hijos, supieran que es un homosexual?

—Ojalá revienten todos —jadeó Lugones—… ¡También usted sale con esa asquerosa amenaza!

La rapidez de comprensión de Margarita era sencillamente magnífica.

—¿Quiere decir que ya le están sometiendo a chantaje debido a

sus… debilidades sexuales?

—¿Usted no lo sabe?

—Le aseguro que no tengo nada que ver con eso.

—Pero entonces… ¿quién demonios es usted, qué quiere?

—Quiero saber quién es el Nuevo Libertador y qué se propone realmente.

—¿Qué se propone? —Jadeó Lugones—. ¡Eso sí puedo decírselo! ¡Ese maldito chiflado está tramando nada menos que limpiar toda la América Latina! Y para ello, está concentrando armas en varios puntos, así como personal que estaría encargado de dirigir grupos especiales de guerrillas. La idea…

—Esa idea ya la conozco, señor Lugones. Yo pregunto por la verdadera idea o intención del Nuevo Libertador.

—¿Qué quiere decir?

—¿Realmente cree usted que puede haber en todo el mundo alguien tan rematadamente loco que crea posible apoderarse de todos los gobiernos de Latinoamérica, ya sea utilizando los propios ejércitos nacionales o las guerrillas al mando de especialistas de la guerra?

—Pues… eso es lo que se está preparando, en efecto.

—Siéntese —Margarita lo hizo antes que Lugones—. Vamos a hablar de un modo sensato y coherente, ¿de acuerdo? Mire usted, si se tratase de organizar la revuelta en un país, no diría que no. Pero, señor Lugones, la sola idea de que alguien sea capaz de coordinar la revuelta de toda Latinoamérica me parece sencillamente fantástica e irrealizable.

—Pero si no es eso lo que estamos preparando… ¿qué estamos preparando? —farfulló Lugones.

—Cuénteme su versión. Por favor, sin detalles excesivos, por el momento. Más adelante, si necesito aclaraciones, le iré haciendo las preguntas adecuadas Por ejemplo: ¿cómo se metió usted en esto?

—Alguien me lo propuso. Le dije que no tenía la menor intención de intervenir en semejante locura colectiva, y entonces me enviaron la cinta de video, para hacerme chantaje. Si no les obedecía, esa cinta, en la que aparecemos Marcos y yo, sería enviada a mi familia, mis amigos e incluso a varias emisoras de televisión… Sin duda usted comprende que el contenido de esa cinta de video es tal que no admite equívocos.

—Ya comprendo. Digamos que están ustedes… haciendo el amor.

—Sí.

Margarita movió la cabeza con un gesto de rechazo.

—¿Cómo consiguieron esa cinta? —inquirió.

—No tenemos la menor idea.

—Pero… ¿dónde la filmaron? ¿En este apartamento, en la casa de usted, en el apartamento del señor Arévalo en La Habana…?

—En este apartamento —Lugones señaló un cuadro que pendía de la pared—… Sólo después de mucho buscar encontramos Marcos y yo cómo lo consiguieron. En nuestra ausencia, agujerearon ese cuadro y la pared, dejándolo todo bien oculto… Cuando nosotros estábamos aquí, retiraron el camuflaje, de modo que desde la otra habitación podían vernos por el agujero de la pared y del cuadro. Bueno, estuvieron filmando… un buen rato.

—Y todo ello, desde la otra habitación, sin que ustedes se diesen cuenta de nada.

—Sí.

—¿Quién le envió la cinta? ¿La misma persona que le había propuesto que se uniera al Nuevo Libertador para conseguir la Libertad, Divino Tesoro?

—Sí.

—¿Y quién es esa persona?

Carlos María Lugones sacó un pañuelo, y se lo pasó por las manos y la frente. Margarita le contemplaba con no poca curiosidad.

—Me he comprometido mucho con esto —dijo por fin Lugones —… He comprometido mi flota pesquera, algunos amigos, yo mismo…

—¿Quién es esa persona? —insistió fríamente la rubia Margarita.

—Bueno, yo… Precisamente, tenemos que vernos mañana…

—¿Dónde?

—En Jamaica. Él… va a enviar su avioneta para recogerme y llevarme allá para… participar en una reunión.

—Una reunión… ¿de qué?

—No lo sé.

—¿Cuál es el nombre de esa persona?

—Jonathan Lengton.

—¿Es británico?

—Sí.

Margarita se quedó mirando especulativamente a Lugones. Luego, a Arévalo. Los estuvo mirando alternativamente durante casi medio minuto, sin que sus ojos expresaran nada. Los dos hombres, por su parte, estaban evidentemente turbados e inquietos.

—¿Lo recogerán a usted en el aeropuerto de Varadero? —preguntó de pronto Margarita.

—Sí. Está en…

—Sé perfectamente dónde está el Aeropuerto Internacional de Varadero, señor Lugones. Lo que no sé es si las personas que le reciban en esa avioneta permitirán que lleve usted compañía. Y no me refiero a su amante, sino a mí. Digamos que sería interesante que los tres viajásemos a Jamaica.

—¡Eso no es posible! —Respingó Lugones.

—¿Por qué no? ¿Es una avioneta tan pequeña?

—No, no. En realidad es un pequeño *jet*, pero…

—Le voy a hacer un trato: usted me lleva a Jamaica como… acompañante de toda confianza, igual que el señor Arévalo. Si lo que descubro allí me parece mínimamente razonable, me pondré de parte de ustedes, con lo que sus proyectos alcanzarán muchas más posibilidades de realizarse. Si, por el contrario, descubro algo nocivo en este asunto, me comprometo a liquidarlo de modo que usted no salga dañado y, además, recupere ese… comprometedor vídeo.

—¿Y si no acepto llevarla como acompañante?

—En ese caso —sonrió encantadoramente la rubia—, los mataré a ustedes dos ahora mismo, y ya me las arreglaré para llegar por mi cuenta a Jamaica y localizar allí al señor Jonathan Lengton.

Capítulo VI

El relativamente pequeño reactor privado del británico Jonathan Lengton estaba esperando en el Aeropuerto Internacional de Varadero cuando llegaron a éste, a la hora convenida del día siguiente, el señor Lugones, su secretario, y la bella acompañante rubia.

Para sorpresa de Lugones y Arévalo, el propio Lengton esperaba en el avión, afable y sonriente, tendiendo su mano en cuanto ellos lo abordaron tras subir por la escalerilla.

—Amigo Lugones, ¿qué tal? —se expresó en un español aceptable—. No sabía que traería usted compañía. Es decir —amplió su sonrisa—, ya habíamos calculado que traería a su secretario, pero…

—Ella es representante de una industria norteamericana con la que en breve espero concretar importantes negocios —cortó secamente Lugones—… La señorita Lili Connors…, el señor Jonathan Lengton.

—Es un placer, señorita Connors —se dirigió a ella en inglés el residente en Jamaica—. ¿Debo entender que de alguna manera puede interesarle a usted este viaje del señor Lugones?

—Más que al señor Lugones puede interesarle a usted —dijo con simpática sonrisa irónica la señorita Connors—: represento a un… pequeño consorcio privado norteamericano que puede vender armas en abundancia y a buen precio.

—Ah.

La actitud de Lengton pareció cambiar radicalmente, sus ojos claros escrutaron en mayor profundidad los azules de la señorita Connors. Ésta, a su vez, analizaba al nuevo personaje: alto, delgado, de unos cincuenta y cinco años, pelo canoso y barbita asimismo agrisada. Vestía deportivamente, pero con cierto atildamiento. A la señorita Connors no le gustó en absoluto el señor Lengton, no sólo

por su aspecto físico y su indumentaria más bien amanerada, sino por lo que vio en el fondo de aquellos ojos que parecían de agua estancada.

—Claro que —añadió la señorita Connors—, nosotros sólo realizamos operaciones al contado, señor Lengton.

—Eso no sería problema —replicó el británico.

—Estupendo. Hace tiempo que tengo ganas de ganarme una buena comisión, y, francamente, en África, por lo general, son unos muertos de hambre.

—Ese no es nuestro caso —aseguró Lengton—: tenemos todo el dinero que haga falta. Y en efectivo.

—En tal caso —volvió a sonreír Lili Connors— mi impaciencia por iniciar este viaje ha aumentado.

Lengton sonrió, y señaló hacia el interior del aparato. Caminaron hacia el centro, dejando a popa el departamento de suministros. Aparecieron en la salita en cuyo fondo se divisaba la puerta que comunicaba con la cabina del piloto y el departamento para el personal de servicio. La salita, rectangular siguiendo la forma del vientre del aparato, contenía una docena de asientos, bar, algunas mesitas, y estaba alfombrada por productos persas. En las circulares ventanillas, el sol ponía como láminas de oro.

—Acomódense a su gusto —dijo Lengton—. Voy a decirle al piloto que podemos despegar. ¿Desean tomar alguna cosa?

—Champán —dijo Lili.

Lengton la miró verdaderamente sorprendido, miró acto seguido su reloj de pulsera, y finalmente soltó una carcajada.

—Bueno —dijo alegremente—, todavía falta un poco para el mediodía, pero consideraremos que tomamos un aperitivo. Mi criado nos servirá champán en cuanto estemos en el aire.

Desapareció hacia proa. Lili y los dos cubanos se sentaron. Lengton reapareció, y casi enseguida se inició la maniobra de despegue. Tres minutos más tarde, alzaban el vuelo. Otros dos minutos después, el aparato se hallaba estabilizado rumbo al sudeste. Abajo, resplandecía el mar y la verde tierra cubana. Jonathan Lengton oprimió un timbre, y acto seguido ofreció a Lili un cigarrillo de una pitillera de oro realmente chocante y relamida.

Lili estaba expeliendo la primera bocanada de humo cuando la puerta de los compartimientos de proa se abrió, y apareció el criado

de Lengton, ataviado con finos pantalones negros y blanca chaquetilla. Portaba una bandeja en la que había un cubo de plata conteniendo una botella de champán incrustada en un lecho de hielo picado, y cuatro copas.

El criado era chino.

La señorita Connors apretó los labios al verlo, y se quedó mirándolo fijamente mientras el chino servía en las copas. Por fin, miró a Lengton, que la contemplaba con sonriente curiosidad.

—Seguramente, me considera usted exótico por tener un criado chino en estos lugares donde la mano de obra negra resulta tan barata —dijo el británico.

—¿Cuánto tiempo hace que está a su servicio?

—No demasiado, pero es muy eficiente y discreto. Se llama Poi. Naturalmente habla el inglés a la perfección. ¿No es así, Poi?

—Ciertamente, señor —asintió el chino; de pronto, miró a Lili, y sonrió simpáticamente—… Sing Tai le da la bienvenida a bordo y le desea un feliz viaje, señorita Celeste.

Si el chino esperaba sorprender a la rubia se llevó un buen chasco, pues ella se limitó a alzar la copa, sonriendo, y dijo:

—Agradézcale en mi nombre sus atenciones a Sing Tai. ¿Tardaremos mucho en llegar a destino?

—Un par de horas apenas —aseguró Poi.

Los dos cubanos y el británico estaban pura y simplemente atónitos. Por fin, Lengton pudo exclamar:

—¿Se puede saber de qué están hablando ustedes?

—Mucho me temo, señor Lengton —dijo festivamente Lili—, que hemos sido secuestrados. Espero que tengamos suficiente champán para el viaje… aunque no es precisamente de calidad digna de mi paladar.

—¿Qué significa esto? —Insistió Lengton, mirando a Poi—. ¿Qué se supone que estás haciendo, chino del demonio?

—¿De verdad no lo entiende? —Se sorprendió Lili—. Se lo explicaré con mucho gusto. Este hombre llamado Poi trabaja para un hombre llamado Sing Tai, el cual está viajando por toda América dirigiendo la operación «Libertad, Divino Tesoro». Y no me diga que no sabía usted esto, señor Lengton.

—¡Claro que no! —Se puso en pie de un salto el británico.

—¿No? Entonces…, ¿con quién ha estado usted tratando

respecto a la operación, de quién ha estado usted recibiendo órdenes?

—Pues de…

Plop, chascó la pistola provista de silenciador en la mano de Poi.

Jonathan Lengton recibió la bala en pleno corazón, con fuerte impacto que lo mató y lo empujó, sentándolo de nuevo. El británico residente en Jamaica ni siquiera había tenido tiempo de enterarse de que iba a morir, de que había muerto. Se quedó con la cabeza torcida hacia un lado, los ojos extraviados, la boca torcida en una mueca de rabia… Poi se había apresurado a desviar su arma hacia la señorita Connors, que le miro, bebió otro sorbito de champán, y eso fue todo.

—Dios bendito —jadeó por fin Carlos María Lugones.

Tanto él como su secretario estaban lívidos, medio muertos del susto y del miedo, contemplando con espeluznante fascinación el todavía palpitante cadáver de Lengton.

—¿Será tan amable de entregarme su arma, señorita Celeste? —pidió Poi.

La rubia asintió, se alzó la falda dejando al descubierto sus bellísimas piernas, y del muslo izquierdo despegó la pistola con cachas de madreperla, que entregó al chino. Éste la colocó en la bandeja, hizo un gesto de despedida con la cabeza, y se retiró, tras murmurar:

—Estoy seguro de que usted entiende que será mejor para todos que no busque complicaciones durante el viaje.

—Lo tendré en cuenta —aseguró Lili.

Hacía no menos de diez segundos que había desaparecido de escena el chino asesino cuando los cubanos consiguieron finalmente reaccionar. Ambos miraron con expresión desorbitada a Lili, y Lugones tartamudeó:

—Pe-pero… ¿qué… qué significa esto…?

—Se lo voy a explicar con mucho gusto, porque así, de paso, aclararé mis propias ideas… Veamos, en todo esto interviene un chino muy atractivo y muy inteligente que está utilizando el nombre de Sing Tai, con el cual ya tuve un… pequeño tropiezo en Maracaibo. Sing Tai eligió desde el primer momento unos cuantos hombres de Centro y Suramérica, de muy alto nivel, a los que encomendó, digamos, la dirección de la operación de un modo

local. Es decir, para cada país eligió un hombre importante. Ese hombre importante, a su vez, eligió otros personajes para que le apoyaran, y a su vez, estos personajes fueron eligiendo otros colaboradores cuya importancia social, política y económica iba en descenso. De este modo, el inteligente Sing Tai ha formado una especie de… pirámide de personajes, en cuya cúspide está el Nuevo Libertador. Todos los demás son colaboradores. De mayor o menor importancia, pero solamente colaboradores, a los que se les asigna determinada parte de la operación. Por ejemplo, en el caso de usted, señor Lugones, tenía que aportar su flota pesquera para transportar armas. En el caso del señor Lengton tenía que coordinar la colaboración de varios colaboradores como usted. Digamos que el señor Lengton estaba un poco más alto que usted hacia la cúspide de la pirámide. Pero, a su vez, él se hallaba a las órdenes de otro personaje de mayor importancia que, o bien se halla cerca del Nuevo Libertador o quizás es el propio Nuevo Libertador. Tanto si era lo primero como lo segundo, Sing Tai no podía permitir que Lengton lo mencionara, y Poi tenía órdenes muy concretas al respecto. Así, muerto Lengton, ya no importa lo que sea de ustedes, ni le preocupa a Sing Tai que yo siga adelante, pues la pista, realmente ha quedado por fin cortada… Sí, es muy, muy inteligente mi colega Sing Tai: él reflexionó respecto a qué personajes conocía el pobre Onésimo Varela, y previó el riesgo de que, de algún modo y en un momento u otro, los hubiera mencionado en mi presencia. ¿Qué personajes de la pirámide conocía Onésimo Varela? Pues, conocía a Carlos María Lugones. Por tanto, convenía… retirar de la partida a Carlos María Lugones. Pero… ¿a quién conocía a su vez Carlos María Lugones? Pues, al señor Jonathan Lengton. Por tanto, convenía… retirar de la partida al señor Carlos María Lugones en primer lugar, y, por si acaso el señor Lugones ya había mencionado al señor Lengton, retirar también a éste. Así pues, Sing Tai ordena al señor Lengton que cite al señor Lugones en Jamaica, para tenerlos juntos y eliminarlos a ambos. Pero al poco, mejora su idea: ordena al señor Lengton que viaje en su avión para recoger personalmente al señor Lugones. De este modo, él no tiene que correr riesgo alguno desplazándose a Jamaica… ¿Para qué desplazarse él en busca de sus víctimas si puede hacer que sus víctima vayan adonde él las está esperando? Y hacia allá vamos. Presumo que este avión,

naturalmente pilotado por personal que en realidad obedece al fantástico Sing Tai tomará tierra en algún pequeño aeródromo de Venezuela o de Colombia. Sí, nuestro amigo Sing Tai se mueve muy cómodamente en el continente suramericano. Sin duda es por eso que fue elegido para dirigir la operación.

—Si yo he entendido bien su explicación —murmuró Lugones, tras reflexionar unos segundos—, de lo que se trata realmente es de impedir que usted siga subiendo hacia la cúspide de esa pirámide y llegue hasta el Nuevo Libertador.

—Exactamente.

—¿Y no sería más sencillo y más lógico eliminarla a usted en lugar de eliminarnos a nosotros?

—Bueno, señor Lugones —rió Lili—, eliminarme a mí no es tan sencillo.

—¿No? Pues Poi podía haberla matado a usted muy fácilmente, en lugar de matar a Lengton.

—Sí… Pero mire, señor Lugones, sin ánimo de ofenderle a usted y a sus amigos, ocurre que personajes como ustedes los hay en abundancia, y en cambio, personajes como yo van muy escasos en este desdichado mundo.

—Por muy especial que sea usted, lo será para sus amigos, no para sus enemigos. Quiero decir que si yo fuese su enemigo, y precisamente por ser usted tan especial, haría lo posible por quitarla de en medio. ¿Por qué Sing Tai no ha dado la orden de que la eliminen a usted?

—Quizá se ha enamorado de mí —sugirió Lili.

—Yo, lo que no entiendo, es que en todo esto intervenga un chino —dijo Arévalo, como saliendo de un sueño—… ¿Qué pinta un chino en los proyectos del Nuevo Libertador?

—Es evidente —le miró Lili—: cualesquiera que sean los proyectos definitivos del Nuevo Libertador, China no será ajena a ellos.

—¿Quiere usted decir que por medio del Nuevo Libertador China dirigiría todo el continente suramericano?

—Ya lo intentaron una vez —susurró Lili—: quisieron convertir América del Sur en un país llamado Chinamérica.

—¡Pero que dice usted…! —Respingó Lugones.

—Dios todopoderoso —jadeó Arévalo—. ¡Entonces, hemos

estado trabajando para que China se apodere de toda Latinoamérica…! ¡Nos están engañando a todos!

—Más de lo que usted se piensa —dijo Lili, secamente.

—¿Qué quiere decir?

La espía más peligrosa del mundo no contestó. Se quedó mirando hacia la ventanilla llena de sol, copa de champán en mano. Terminó el contenido de la copa, miró a Jonathan Lengton, y movió la cabeza. La insensibilidad del ser humano va en aumento: allá estaba un pobre hombre recién asesinado, y ella bebiendo champán y conversando con otros dos pobres hombres… Porque tanto Lengton como Lugones y Arévalo eran pobres hombres, simples peones hábilmente manejados.

En determinadas esferas y actividades, Lugones e incluso Arévalo, y por supuesto Lengton, eran de primera línea, pero allí, en aquel juego en el que la apuesta era siempre la propia vida, eran como niños perdidos en el bosque…

—Pero yo no soy una niña perdida en el bosque —dijo Lili.

—¿Qué? —se interesó Arévalo.

Lili le miró, miró luego a Lengton, y por último su vacía copa de champán. Se puso en pie, y fue al compartimento de servicios. Abrió la puerta, y enseguida vio a Poi, sentado en una silla de lona y fumando pensativamente. El chino la miró vivamente, con un destello de alarma en los ojos, y se puso en pie en el acto, sacando su pistola apuntando a Baby.

—Se nos ha terminado el champán —dijo ella—. ¿Sería tan amable de servirnos un poco más?

—Oh, sí, con mucho gusto.

—Y por favor, retire el cadáver del señor Lengton. Podría ponerlo en popa, en el compartimento de carga.

—Será complacida.

—Gracias. ¿Hay un piloto o dos?

—Dos.

—¿Chinos o latinoamericanos?

—Latinoamericanos —Poi sonrió—: son los empleados del señor Lengton, naturalmente.

—Naturalmente. Pero debidamente sobornados al servicio de China, ¿no?

Poi sonrió, y eso fue todo. Lili Connors le miraba a su vez con

cierta extraña amabilidad. De pronto, preguntó:

—¿Podemos contactar por radio con Sing Tai?

—Por supuesto.

—Me gustaría enviarle un mensaje.

—¿Qué mensaje?

—Dígale lo siguiente: si accede a hablar conmigo y a ayudarme a desmantelar la operación «Libertad, Divino Tesoro», todo terminará bien para él; si, por el contrario, él decide seguir adelante, lo mataré.

—Se lo diré —sonrió Poi.

—Pero antes sírvame más champán —puntualizó Baby.

Capítulo VII

Efectivamente, el reactor tomó tierra en cierto discreto lugar de no se sabía qué país. Tan discreto era el lugar que ni siquiera era un aeródromo, y mucho menos un aeropuerto. Se trataba, sencillamente, de un largo tramo recto de una amplia carretera cuyo piso no estaba en demasiado buen estado, pero que resistió el aterrizaje. La señorita Connors no pudo por menos de pensar que aquel lugar ya había sido utilizado como pista de aterrizaje en numerosas ocasiones. Alrededor todo eran montañas, y en los picos de algunas de ellas se divisaba el fulgor de la nieve.

—Aquí nos despedimos —dijo Poi, cuando el avión se detuvo completamente—. Les deseo un final feliz.

—Gracias. ¿Envió mi mensaje a Sing Tai?

—Sí.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Ninguna.

—Entendido. Me pregunto si sería usted tan amable de devolverme mi pistola, Poi.

—No, no voy a ser tan amable —sonrió el chino.

—Claro —sonrió también Lili—. No hay que exagerar, ¿verdad? Ya ha sido suficientemente amable en todo momento, sirviéndonos champán y ese sabroso y exquisito almuerzo a base de comida china. Me encanta la cocina china.

Poi sonrió de nuevo, oprimió el botón de la puerta, y ésta se desplazó, al tiempo que se proyectaba la escalerilla hasta el suelo. La primera en descender del avión fue la señorita Connors, seguida de Lugones y Arévalo. La escalerilla fue recogida, la puerta de acceso al avión se cerró, y en pocos segundos éste rodaba de nuevo por la pista, mientras los recién desembarcados se alejaban… escapando a la fuerza del despegue. Trescientos metros más allá, el avión se despegó del asfalto, se elevó, y muy pronto iniciaba la

maniobra para volar hacia el norte.

Lugones y Arévalo dejaron de mirarlo, miraron a su alrededor, y luego a la señorita Connors.

—No hay nadie aquí —dijo Arévalo—. Pero supongo que no puede tardar mucho en pasar algún vehículo.

—No —rechazó la rubia—. Éste es un tramo de carretera abandonada. No pasará ningún automóvil, si es eso lo que esperan. En realidad, estamos en la selva. Es un hermoso lugar. ¿Saben una cosa?: jamás en toda mi vida he conseguido ver un cóndor. ¡Y me gustaría tanto…!

Pero no pasaba volando ningún cóndor. No pasaba ningún vehículo. No pasaba ningún ser humano. El sol parecía nuevo y limpio. El silencio era absoluto… hasta que comenzó a oírse el rumor del vuelo de un helicóptero. La primera en oírlo fue, ciertamente, la señorita Connors, que bien pronto lo situó en la distancia. El aparato apareció destellando al sol, y muy pronto estuvo sobre ellos. Finalmente, descendió, posándose en la carretera.

Dos chinos ataviados con sendos monos de camuflaje y empuñando metralletas, saltaron a tierra, y uno de ellos hizo señas a los tres personajes abandonados en algún lugar de los Andes.

—Vengan aquí —dijo el chino, en español.

Los tres se acercaron. Las aspas del helicóptero seguían girando, con un tono amortiguado.

—¿Qué lleva ahí? —inquirió el chino, señalando el maletín de Lili.

—Mis cosas personales. Nada que deba inquietarle. ¿Quiere verlo?

—Sí. Ábralo, déjelo en el suelo, y suban al aparato.

Lili obedeció. El segundo chino subió tras ellos, siempre controlándolos con su metralleta. A los mandos había otro chino. El chino que todavía quedaba en tierra se había acuclillado junto al maletín, y examinaba su contenido, pero sin tocarlo apenas, como con cierta prevención. Finalmente, cerró el maletín, lo cogió, y lo tiró dentro del helicóptero, encaramándose a éste seguidamente. El piloto accionó los mandos, y el aparato se elevó. Sentados en el fondo del helicóptero. Lili, Carlos María y Marcos permanecían inmóviles. Sentados frente a ellos, apuntándoles, los dos chinos.

Abajo, el verdor era infinito.

El viaje en helicóptero duró apenas veinte minutos. Cuando se posó en un pequeño claro parecía que, simplemente, todo a su alrededor continuara siendo selva. Pero, ya abajo, por entre los árboles, los tres secuestrados divisaron las pequeñas construcciones, tan hábilmente ubicadas que desde el cielo no podían ser vistas de ninguna manera.

—Caminen —dijo el chino más hablador.

Entre la vegetación había sido practicado un estrecho sendero hacia las construcciones. Eran tres chozas construidas a base de troncos y barro, y sin la menor duda habían sido construidas hacía mucho tiempo. Por entre el ramaje escucharon el graznido de algunas aves.

—¿Usted sabe dónde estamos? —preguntó Lugones.

—No. Es decir, lo sé aproximadamente, pero eso no soluciona nada.

—¿Dónde estamos aproximadamente, según usted?

—Yo diría que estamos en algún punto de la Sierra de Perijá, entre las fronteras de Venezuela y Colombia y más o menos a la altura de Maracaibo… Siempre venimos a parar a Maracaibo.

—¿Qué quiere decir?

—Nada especial. Si acaso, que nuestro anfitrión conoce muy bien esta zona.

—Aquí parece que no hay nadie —dijo Arévalo.

Muy pronto se convencieron de le contario, nada más alcanzar la primera choza, por una de cuyas ventanas vieron a un chino sentado ante una emisora. El chino les dirigió una mirada indiferente, y regresó su inexpresiva mirada a la emisora. Por la ventana de la segunda choza divisaron lo que parecía un despacho, con mapas en las paredes, una máquina de escribir, un ventilador en el techo (lo que evidenciaba la existencia de un generador), una destartalada librería… Dos hombres, sin la menor duda suramericanos, estaban conversando ante un mapa, pero enmudecieron cuando Lili y los demás pasaron por delante de la ventana.

El chino señaló la tercera choza.

—Entren ahí —ordenó.

Los tres obedecieron. El chino cerró la puerta, y eso fue todo. La

choza tenía dos ventanas, como las otras, pero estaban obturadas con fuertes tablones sujetos con grandes clavos. Por entre los tablones, algo separados, penetraba luz más que suficiente. Dentro de la choza había dos hileras de camastros colocados unos encima de otros, como literas. En total, seis lechos. Afuera seguía oyéndose el graznido de algunos pajarracos.

—Esto es como una pesadilla —murmuró Arévalo.

—Lo más grave —dijo Lili— es que no creo que aquí tengan champán. Añoraré a Poi.

Los dos suramericanos la miraron incrédulamente, y no poco desconcertados. Lili miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las tres menos cinco minutos de la tarde. Lili se tendió en uno de los camastros, y en cuestión de segundos, para pasmo de sus compañeros de viaje, se quedó dormida.

Carlos María Lugones se sentó en uno de los camastros, estuvo unos segundos absorto, y de pronto miró a Arévalo.

—Siento haberte metido en esto.

Marcos murmuró.

—La culpa no es tuya. Ese maldito Lengton lo tramó todo… Debieron de decirle que tú interesabas para formar parte de la operación, él nos hizo vigilar, supo lo nuestro, y se las arregló para acondicionar el apartamento durante los días laborables, mientras nosotros estábamos en La Habana. Seguramente, esos chinos le ayudaron en todo.

—De cualquier modo, si no hubieses aceptado mis…

—Maldita sea. ¿Cómo podías saber tú que mientras estábamos en nuestro dormitorio había alguien en el otro dormitorio? Déjalo estar, ¿quieres? Ya nada puede cambiar las cosas que han sucedido. Lo que me preocupa es lo que va a suceder. ¿Qué crees que va a hacer ese chino con nosotros?

Lugones tardó un poco en contestar:

—No creo que nos trate mejor que a Jonathan Lengton.

—O sea, que nos matará.

—Si ha matado a Lengton también nos matará a nosotros.

—A Lengton lo ha matado Poi, no el otro, el llamado Sing Tai.

—Poi no habría hecho nada que no estuviese autorizado por Tai. Marcos, nos van a matar, eso es todo.

Quedaron silenciosos los dos. Arévalo fue a sentarse frente a

Carlos María Lugones, y se quedaron mirándose a los ojos. Cerca de ellos, la señorita Connors respiraba lenta y profundamente.

Hacia las cinco de la tarde, ya despierta la señorita Connors, oyeron el rumor del helicóptero alejándose. Hacia las seis, lo oyeron regresar. Luego, durante unos diez minutos, el silencio. Finalmente, la puerta de la choza se abrió, y entró Sing Tai, dejando fuera a sus dos hombres armados de metralletas, junto a la puerta abierta, de modo que la choza recibió mucha más luz.

Sentada en el borde de uno de los camastros, Lili se quedó mirando al joven y apuesto chino, que actuó como si ella no estuviera allí. Se dirigió a los dos suramericanos, que, también sentados, le miraban con evidente sobresalto.

—Siento mucho lo sucedido con Jonathan Lengton —dijo, Sing Tai en perfecto español—, pero Poi tenía instrucciones muy claras en el sentido de que ningún nombre debía ser pronunciado. ¿Se encuentran bien?

—Sí —murmuró Lugones—… Estamos bien, sí.

—Celebro oírlo. Se los van a llevar de aquí, y espero que dentro de un par de días estarán de nuevo en Cuba. Debemos…

—¿No va a matarnos? —exclamó Arévalo.

—¿Por qué supone eso? —se sorprendió Sing Tai.

—Bueno… No sé. Ella nos conoce —movió la cabeza hacia Lili.

—Sí —sonrió Sing Tai—. Ella les conoce a ustedes, pero ella nunca podrá molestarlos, en el futuro. De modo que no se preocupen por nada: regresen a Cuba, y esperen nuevas instrucciones. Naturalmente, no les culpo de nada, ya que si ella les localizó no fue por fallo de ustedes sino por alguna indiscreción de otro colaborador… ¿No es así, señorita Martínez?

—Sí, así es —sonrió Lili—: el nombre de Carlos María Lugones me lo facilitó Onésimo Varela antes de morir.

—Así lo calculé. Bien, ya pueden marcharse. Y déjense llevar por mis hombres en todo momento.

Lugones y Arévalo parecían no creer en su buena estrella. Dirigieron una mirada a Lili, y luego, rápidamente, ambos abandonaron la choza. Sing Tai fue a sentarse frente a Lili, a la que contempló a su satisfacción, muy seriamente. Por fin, movió la cabeza con gesto admirativo, y dijo:

—Es usted una persona sumamente activa, señorita Martínez. Y

todavía más sorprendente.

—Y usted es muy inteligente, señor Tai. No todo el mundo sería capaz de obtener tantas conclusiones y tan acertadas como usted lo está haciendo. ¿Cómo se le ha podido ocurrir que yo soy la misma persona que utilizó el nombre de Celeste Martínez? Entre otras pequeñas diferencias, ella era negra, y yo soy blanca. Y no sólo esto, sino que usted parece… adivinar mis pensamientos. Y por tanto, mis pasos y mis acciones.

—No era demasiado difícil. Entiendo que ahora utiliza usted el nombre de Lili Connors. Es bonito. Usted también es bonita. Mejor dicho: es extraordinariamente bella. ¿Quiere que hagamos un trato, señorita Connors?

—Ya le propuse un trato desde el avión, por medio de la radio, y usted no dio respuesta alguna. Al menos, eso me dijo Poi.

—Aquel trato era inaceptable para mí. Pero tengo otro que sí me gustaría que mereciese su aprobación.

—Le escucho.

—Yo puedo hacer dos cosas con usted. Una de ellas, matarla; es la más fácil. La otra, es utilizarla. Resulta más difícil y más comprometida, pero mucho más útil. Éste es mi trato: dígame los nombres de otras personas que usted conozca relacionadas con esta operación, y yo la dejaré marchar libremente.

—Está bromeando.

—No. Si usted no me dice esos nombres yo voy a tener que dar la orden de que más de sesenta personas sean eliminadas, pues al no saber cuáles son las que usted ha descubierto, tendré que eliminarlas a todas. Eso implicaría la paralización del proyecto «Libertad, Divino Tesoro»…

—Lo cual me satisfaría mucho.

—¿Incluso a cambio de su vida?

—Eso ya no me satisfaría tanto —frunció el ceño Lili.

—Mire, señorita Connors, yo sé que usted es la agente Baby. Después de lo de Maracaibo, usted se fue a Cuba. Pero, entre Maracaibo y Cuba hay tres días de por medio. ¿Qué hizo usted en esos tres días? Me atrevo a suponer que, apoyándose en lo que le dijo Onésimo Varela, tomó determinadas precauciones antes de presentarse en Cuba. ¿Qué hizo usted? ¿A quién pasó información, qué clase de información, qué nombres ha llegado a conocer

además de los de Arévalo y Lugones? Dígame eso, y yo la dejo marchar.

—Es decir, que yo cambiaría mi vida por las de esas personas cuyos nombres le diría.

—Claro.

—No conozco ningún nombre más.

—Sea sensata. Está usted condenándose a muerte. Y condenando a sesenta personas.

—Lo que estoy condenando a muerte, señor Tai, es la operación «Libertad, Divino Tesoro».

—Pero usted va a morir con ella.

—De acuerdo.

—¿Está loca?

Lili Connors apretó los labios, y eso fue todo. Sing Tai estuvo esperando en vano durante un minuto a que ella cambiase de actitud; por fin, murmuró:

—Lo que está haciendo es impropio de su inteligencia.

—Señor Tai, voy a darle una muestra de mi inteligencia, ya que usted habla de ella. Puedo decirle, por ejemplo, cómo veo yo la operación «Libertad, Divino Tesoro». ¿Le gustaría escuchar mi versión?

—Por supuesto.

—Muy bien. Pues le diré que en ningún momento ha podido creer usted que se pudiera… reconquistar Suramérica por la fuerza de las armas. Es decir, esa idea de sublevar a las fuerzas armadas de todos los países latinoamericanos de un modo simultáneo, es sencillamente descabellada, al menos en el sentido de que pudiera tener éxito esa… revolución conjunta. Sin embargo, sí se puede conseguir que más o menos al mismo tiempo, y bajo la instigación de traidores de cada país y de mercenarios de la guerra, todos los suramericanos se alzasen en armas… ¿Por qué no? A fin de cuentas es cierto que unos cuantos malnacidos están masacrando de hambre y asco al pueblo latinoamericano, de modo que nadie podría culparlos demasiado si, finalmente, todos los hermanos americanos se alzasen en armas y eliminaran a esos hijos de puta que los están esclavizando y vendiendo. Pero no es eso lo que ustedes quieren… No quieren que esa revolución de mis hermanos americanos sea un éxito, sino que, por el contrario, lo que desean es que fracase.

—Verdaderamente, usted está loca —jadeó Sing Tai.

—¿Sí? ¿Prefiere entonces que no termine de explicarle mi versión?

—Siga… Siga.

—Lo que ustedes quieren no es que esa revolución total triunfe, sino solamente que se ponga en marcha. ¿Para qué? Se lo voy a decir: cuando esa revolución se ponga en marcha, ustedes enviarán tropas a todo el continente suramericano, con el fin de sofocar la rebelión, ayudando a los gobiernos establecidos y, al mismo tiempo, haciendo una especie de… limpieza de personajes que en la actualidad o en el futuro pudieran oponerse a sus proyectos. Una vez sofocada la rebelión, ustedes se las arreglarían muy bien para tomar el mando en todos los gobiernos de la América Latina. Y lo harían esta vez de un modo directo y efectivo, porque para eso sus fuerzas estarían ocupando todos estos países. De este modo, señor Tai, el futuro de Suramérica estaría en sus manos… El futuro y, claro está, sus grandes riquezas de toda clase, sus tierras, sus cultivos… Toda la gran despensa, toda la gran reserva de mano de obra, todas las riquezas de América Latina estarían a disposición de ustedes. ¿Y a eso llaman ustedes «Libertad, Divino Tesoro»?

—Realmente, usted está loca si cree que China puede conseguir eso…

—No me insulte —cortó fríamente Lili—. Yo no estoy hablando de China cuando hablo de USTEDES. Yo no he dicho en ningún momento que sea China quien ha tramado este plan, del mismo modo que no he dicho en ningún momento que usted, sólo por ser de raza china, está trabajando para el Lien Lo Pou. ¿Verdad que no lo he dicho, señor Tai?

—No —jadeó Sing Tai—… No lo ha dicho.

—Entonces, tenga la bondad de no insultar mi inteligencia. Y ahora, salvo que tenga algo verdaderamente interesante que decirme, ¿será tan amable de dejarme en paz?

—Usted es mi prisionera.

—No sea estúpido. Si las cosas fuesen como usted ha querido que parecieran, ni yo me habría dejado atrapar, ni, supuesto que usted lo hubiera conseguido, yo estaría viva todavía y plantándole cara. Salga de aquí.

—Yo voy a salir —dijo Sing Tai, poniéndose en pie—, pero usted

no saldrá por lo menos en medio año.

—Usted es quien está loco si cree que le van a permitir que tenga encerrada en este agujero de la selva a la agente Baby durante seis meses. Ni siquiera durante seis días. Ellos ya saben que yo me he enterado de la verdad, pero no van a sacrificarme, claro que no. Antes le sacrificarían a usted. ¿Y sabe por qué ellos saben que yo sé la verdad?

—¿Por qué?

—Porque la desaparición fulminante de mis Simones en Maracaibo no fue en absoluto creíble. Porque de ninguna manera es creíble que la agente Baby llegue a un sitio, a cualquier sitio del mundo, y ningún Simón conteste a su llamada de radio. Porque ellos saben que yo sé que mis Simones fueron retirados de mi camino, apartados… e incluso posiblemente recibieron órdenes de dificultarme las cosas, y hasta de enfrentarse a mí aunque fuese una simulación en la que yo no corriese riesgos. Y cuando ellos hacen una cosa así, y yo respondo adecuadamente, ellos saben que yo he descubierto la verdad. Y si ya he descubierto la verdad, saben que no estaré conforme con ella, de modo que, en efecto, tienen que optar por eliminarme o seguir contando conmigo. Eliminarme es absurdo, porque mis resortes son muy numerosos, tengo amigos en todo el mundo, amigos a los que quizá ya he informado de la operación «Libertad, Divino Tesoro», y ellos la denunciarían en cuanto supieran que yo había muerto. ¿Comprende usted por qué la maldita CIA, me preferirá siempre a mí antes que a usted?

—De modo que realmente sabe usted que todo esto lo ha tramado la CIA, que sería Estados Unidos quien invadiría Suramérica con sus tropas.

Lili Connors dirigió una mirada de desprecio al chino. Luego, encendió un cigarrillo, y pareció olvidarse de él…, de su colega. Porque por muy chino que fuese, Sing Tai estaba trabajando para la CIA, para los Estados Unidos de Norteamérica…, para el Amo del Norte.

—Usted —susurró de pronto Sing Tai— no va a destruir mis sueños personales. Durante años, la he estado admirando, y ya ve que nunca la delaté, no sólo porque soy agente de la CIA y norteamericano de nacimiento, sino porque siempre la he admirado. Compruebo ahora que mi admiración estaba más que justificada.

Usted es única, es la mejor, es la reina indiscutible…, pero yo voy a seguir adelante con esto. Se me eligió precisamente por si surgían dificultades que todo el mundo pensara que había sido una maniobra de China, tras lo cual, yo debía desaparecer. Pero nadie más que usted ha creado problemas a la operación «Libertad, Divino Tesoro», con la cual yo alcanzaría muy altas cotas dentro de la CIA y, más adelante, dentro de la vida política de los Estados Unidos… ¡Maldita sea, no voy a permitir que usted arruine todos mis planes, todos mis sueños!

—O sea, que me va a matar y todo seguirá adelante.

—Sí. Es decir, no… No la voy a matar. Simplemente la retendré en este lugar hasta que todo haya terminado. Luego…, ya veremos qué hago con usted.

—Es decir que, a todos los efectos, la agente Baby habrá desaparecido sin dejar rastro.

—Sí. Me preguntarán, pero diré que yo la dejé marchar con Lugones y Arévalo, y que si algo le ha ocurrido a usted será culpa de ellos.

—Lo cual no sería cierto, ya que usted ha ordenado la ejecución de esos dos desdichados, ¿no es cierto?

—Lo repito —sonrió el atractivo Sing Tai—: usted es única. Pero hasta que yo considere encaminada mi futura vida tanto en la CIA como en la política, permanecerá aquí.

—¿Y ellos no dirán nada? —señaló Lili hacia los hombres de Tai.

—Ellos no son de la CIA, sino personal contratado particularmente por mí, claro está, pues precisamente de eso se trataba, de que usted no olfatease en ningún momento a la CIA. Los hombres que hay en este lugar trabajan para mí, y no tienen ni idea de lo que se está tramando. Son simples aventureros dispuestos a todo por dinero. De modo que no espere consideraciones especiales. Pórtese bien, y dentro de un tiempo quizá le encuentre a usted un destino… agradable.

—Es decir, que ahora la operación se basa en usted.

—Jamás tendré otra oportunidad de destacar, y caiga quien caiga la operación va a continuar. Hasta la vista.

Sing Tai salió de la choza, cerrando la puerta. Lili Connors le oyó hablar en chino con los dos hombres de las metralletas. Luego, oyó el chasquido de un candado el ser colocado en el exterior.

La señorita Connors continuó fumando apaciblemente. Conocía a la CIA muy bien. Y la CIA la conocía a ella. No era la primera vez que se enfrentaban, que la CIA efectuaba alguna jugada sucia sin que ella se enterase. Pero ahora se había enterado… Y la CIA sabía que si la agente Baby se enteraba de una operación como la de «Libertad, Divino Tesoro», haría lo posible por desbaratarla, y que, en efecto, tenía muchos amigos de toda clase en todo el mundo, algunos de los cuales YA debían de estar al corriente de lo que el privilegiado cerebro de la señorita Brigitte Montfort había descubierto.

La pregunta era: ¿realmente la CIA la preferiría a ella antes que a Sing Tai…, que todavía podía ofrecerles el triunfo de la operación…, aunque esta operación pudiera ser delatada por amigos de la agente Baby?

Encerrada en la choza, la señorita Connors oyó el rumor del helicóptero alejándose.

Un par de horas más tarde, con la última luz del día, los dos chinos armados entraron en la choza, uno de ellos con la comida para la prisionera…, que estaba muy tranquila, cepillándose el cabello con el cepillo que había sacado de su maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Cuando el agudo estilete apareció del interior del cepillo, el sol lanzaba sus últimos rayos rojizos sobre las montañas andinas.

Este es el final

Metió el coche en el garaje, y cerró tras él la puerta, utilizando el mando a distancia, como siempre. Se apeó, y se quedó mirando pensativamente el vehículo. Tal vez debía desprenderse de él, pues era el que había utilizado para visitar a Onésimo Varela en Maracaibo, cuando él tenía en su casa a Baby con el nombre de Celeste Martínez y teñida de negro…

Teñida de negro. ¡Qué fantástica mujer! Negra, rubia, morena, ojos de cualquier color, capacidad de adaptación a todo, un valor absolutamente increíble e inquebrantable…

«—Pero tendré que matarla —pensó Sing Tai—… No será posible mantenerla con vida después de realizada la operación "Libertad, Divino Tesoro"»…

«Tendré que matarla. ¿Y por qué no? Todo reinado tiene su fin: habrá terminado el de Baby y empezará el mío. Todo cuanto nace muere, todo cambia, la vida no es nunca igual».

Durante unos segundos pensó de nuevo en la conveniencia de deshacerse de aquel coche. Estaba a nombre suyo, y eso no le gustaba después de lo que había ocurrido. Se desharía de él cuanto antes.

Entró en la casa por la puerta que comunicaba con el garaje directamente. Vivía en una modesta pero agradable casita en el distrito de La Pastora, en Caracas, entre el río Catuche y el cementerio Hijos de Dios. ¡Qué bonito nombre para un cementerio! Pero tendría que marcharse de allí. Llevaba mucho tiempo en el mismo sitio, aunque hiciese frecuentes viajes por toda la América Latina. ¡Maldita sea, jamás volvería a tener una oportunidad como la presente para dejar de ser un Don Nadie y convertirse en un héroe secreto de la CIA y de la Casa Blanca!

Encendió la luz de la salita al entrar, y se fue directo al mueble-bar. No vivía mal en Caracas, aunque se las diera de pobre. A fin de

cuentas, él disponía de dólares yanquis, y el dólar yanqui lo solventa todo. O casi todo. Desde luego, solventaba la adquisición de buen *whisky*. Se sirvió una buena dosis, echó dos cubitos de hielo dentro del vaso, y fue a sentarse en un sillón.

Libertad, Divino Tesoro. Ajá, qué frase tan acertada. Falsa, pero acertada. Porque la Libertad es un tesoro, ¿no es cierto? Bebió un sorbo de *whisky*, sonrió… y entonces vio aparecer en la puerta de la sala a la hermosa mujer de cabellos negros suavemente ondulados, de grandes ojos color azul cielo, de rasgos pronunciados, exóticos, bellísimos.

La identificó en el acto. Era la señorita Brigitte Montfort, la periodista de Nueva York y la espía más peligrosa del mundo.

—No —susurró Sing Tai—… Maldita sea, ¡no!

Ella extendió el brazo derecho, apuntó al corazón del chino con la pistola silenciosa, y apretó el gatillo.

FIN

Notas

[1] Véase Subasta en Capri, una de las primeras y más emocionantes aventuras de la agente Baby. < <